
Bogotá, D. E. — Marzo de 1975

Organo de la Academia



Colombiana de Historia

BOLETIN DE HISTORIA Y ANTIGÜEDADES

DIRECTOR:
MARIO GERMAN ROMERO

REDACTORES:
LUIS ALBERTO ACUÑA
FERNANDO GALVIS SALAZAR

VOLUMEN LXII

Nº 708

Tarifa Postal Reducida - Licencia número 141 del Ministerio de Comunicaciones

T A B L A

HOMENAJE A LA MEMORIA DEL DOCTOR EDUARDO SANTOS PRESIDENTE HONORARIO DE LA ACADEMIA COLOMBIANA DE HISTORIA

	<i>Páginas</i>
I—Acuerdo Número 1 del Colegio Máximo de las Academias de Colombia ..	99
II—Programa de la sesión especial del Colegio Máximo de las Academias en honor del doctor Eduardo Santos	101
III—Palabras de don Eduardo Guzmán Esponda presidente del Colegio Máximo de las Academias y director de la Academia Colombiana de la Lengua	102
IV—Palabras de Monseñor Rafael Gómez Hoyos, presidente de la Academia Colombiana de Jurisprudencia: Eduardo Santos y el Derecho'	106
V—Palabras de don Abel Cruz Santos, presidente de la Academia Colombiana de Historia: Recuerdo del Presidente Eduardo Santos	115
VI—SELECCION DE ESCRITOS DEL DOCTOR EDUARDO SANTOS	
— Apuntes para una biografía (Lorencita Villegas de Santos)	125
— Prólogo al libro <i>Rafael Núñez</i> de Indalecio Liévano Aguirre	151
— Recordando a Tomás Rueda	161

"En las obras o artículos que la Academia publique, en volumen o en el *Boletín*, la responsabilidad de las tesis u opiniones que allí se sostengan, será tan sólo de los respectivos autores. La del Instituto se limita a considerar que esos libros o artículos merecen ser publicados. Esta declaración aparecerá en cada número del *Boletín* y en los libros o folletos que la Academia publique".

(Artículo 32. Capítulo VIII de los Estatutos).

Boletín de Historia y Antigüedades

(EDICION ORDENADA POR EL DECRETO NUMERO 1169 DE 1949)

ORGANO DE LA ACADEMIA COLOMBIANA DE HISTORIA

Director: MARIO GERMÁN ROMERO

Redactores: LUIS ALBERTO ACUÑA - FERNANDO GALVIS SALAZAR

Editorial Kelly - Bogotá, D. E.

Volumen LXII. — Bogotá, D. E. — Marzo de 1975. — Número 708

HOMENAJE
A LA MEMORIA DEL DOCTOR
EDUARDO SANTOS
PRESIDENTE HONORARIO DE LA
ACADEMIA COLOMBIANA DE HISTORIA



A Abel Cruz Santos
En recuerdo de su
colaboración para
la fundación de
la Universidad
de Cebu

ACUERDO N° 1

EL COLEGIO MAXIMO DE LAS ACADEMIAS DE COLOMBIA,

CONSIDERANDO :

Que acaba de fallecer en Bogotá el doctor Eduardo Santos, entrañable amigo del Colegio Máximo y honroso exponente de su pueblo y de su generación;

Que el doctor Santos, expresidente de Colombia, escritor, historiador, periodista y ciudadano egregio, fue también académico por excelencia, no sólo por su condición de miembro numerario y honorario de varias Academias o por el brillante desempeño que en ellas tuvo, sino además por el desvelado apoyo que les prestó, particularmente a la Academia Colombiana de Historia, de la cual se constituyó en espléndido Mecenaz y en destacado promotor de su organización moderna;

Que su estilo de vida, trabajo y servicio a la cultura es un claro ejemplo del fervoroso patriotismo y de la honestidad con que los miembros de las academias y de los centros de investigación deben orientar sus labores;

ACUERDA :

Artículo Primero. — Deplorar y considerar como luto propio la desaparición del eximio colombiano.

Artículo Segundo. — Invitar a los funerales del doctor Eduardo Santos, asistir en pleno a ellos, y hacer llegar sentida condolencia a los familiares del extinto y al Director de "El Tiempo".

Artículo Tercero. — Convocar a una sesión especial en la que el Colegio Máximo de las Academias signifique ante el país su sentimiento de admiración y afecto por el doctor

Santos, uno de los varones que con mayor acierto y más sencilla elegancia han sabido participar en la vida académica de la nación, enriqueciéndola y dignificándola.

Dada en Bogotá, a los veintisiete (27) días del mes de marzo de mil novecientos setenta y cuatro (1974).

Eduardo Guzmán Esponda
Presidente del Colegio Máximo y
Director de la Academia Colombiana
de la Lengua.

José Manuel Rivas Sacconi
Director del Instituto Caro y Cuervo

Abel Cruz Santos
Presidente de la Academia Colombiana de Historia.

Santiago Triana Cortés
Presidente de la Academia Nacional
de Medicina.

Alvaro Arias Restrepo
Presidente de la Sociedad Colombiana de Ingenieros.

Rafael Gómez Hoyos
Presidente de la Academia Colombiana de Jurisprudencia.

Alfredo D. Bateman
Presidente de la Sociedad Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales.

Luis Laverde Goubert
Presidente de la Sociedad Geográfica de Colombia.

Joaquín Piñeros Corpas
Secretario Ejecutivo del Colegio Máximo de las Academias.

**EL PRESIDENTE DEL COLEGIO MAXIMO DE LAS
ACADEMIAS DE COLOMBIA.**

se complace en invitar a usted a la sesión especial que en honor

DEL DOCTOR EDUARDO SANTOS

Se efectuará el 28 de agosto, de 6 a 7 p. m., en el salón de actos de la Academia Colombiana de Historia.

Asistirá el excelentísimo señor Presidente de la República doctor Alfonso López Michelsen.

Bogotá, agosto de 1974.

P R O G R A M A

- I Apertura de la sesión.
- II Lectura del acuerdo por el cual el Colegio Máximo de las Academias honra la memoria del doctor Eduardo Santos.
- III Palabras del doctor Eduardo Guzmán Esponda, presidente del Colegio Máximo y director de la Academia Colombiana de la Lengua.
- IV Palabras del doctor Rafael Gómez Hoyos, presidente de la Academia Colombiana de Jurisprudencia.
- V Discurso del doctor Abel Cruz Santos, presidente de la Academia Colombiana de Historia.
- VI Final de la sesión.

RECUERDO DEL DOCTOR SANTOS

De Eduardo Guzmán Esponda.

Ante todo debo presentar al señor presidente Dr. Alfonso López Michelsen, el más respetuoso y cordial saludo, en nombre del Colegio Máximo de las Academias, y nuestra expresión de gratitud por habernos hecho el honor de acompañarnos en este acto solemne, interrumpiendo los múltiples quehaceres y preocupaciones que lo embargan en esta primera época de su gobierno. Su presencia aquí aparte la satisfacción que nos proporciona, es para todos un augurio de cuanto se propone hacer en favor de la cultura, de las letras y de la instrucción en Colombia.

Recibimos emocionados en este recinto al señor Presidente López Michelsen y a su noble esposa, doña Cecilia, y tengan la seguridad que no solamente por su jerarquía oficial sino por su alta jerarquía espiritual, cada uno de estos institutos los ve aquí con el mayor respeto y con un sincero afecto de amigos y admiradores.

Los institutos que forman el Colegio Máximo de las Academias quieren, todos a una, dedicar esta hora a la memoria del doctor Eduardo Santos, evocando al defensor perenne de las libertades públicas, que transformó una pequeña hoja, de corta circulación, en uno de los más importantes diarios de la América Latina; y al gobernante que dejó en la nación una estela de inteligencia, de equilibrio espiritual, de eficacia administrativa, de hondo sentido democrático.

Llevan la palabra en este homenaje, monseñor Gómez Hoyos, presidente de la Academia de Jurisprudencia, y el doctor Abel Cruz Santos, presidente de la de Historia y ministro de Obras Públicas en el gobierno del varón ilustre que estamos recordando. Yo me limitaré a unos breves apuntes.

No puedo dejar de aludir a la amistad que me unió a él y a sus hermanos, durante un lapso que corre a lo largo de dos larguísimas vidas, como que arranca de los días de la infancia. Cosa del otro siglo, como dice la frase castellana. Amistad creada por la vecindad de residencias, que hacía de los

habitantes de una calle casi una misma familia. Al contrario de lo que sucede hoy, cuando uno no sabe quiénes son los vecinos.

Debo hacer referencia a la casa, hoy de la Academia de Historia, donde hasta 1915 funcionó la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas de la Universidad Nacional. Asistía hace muchos años a estas aulas, un alumno de nombre Eduardo Santos, estudiante mediocre, según él, llamado con el tiempo a ser figura de primer orden en nuestro itinerario histórico. Aquí recibió su diploma de abogado, en 1908.

Esta casa, por fenómeno curioso, en una ciudad donde todo se está derrumbando, costumbres, conceptos sociales y económicos, la fe religiosa, conserva su fisonomía de fines del Siglo XIX; esa fisonomía que se olvida cuando se trata de las reconstrucciones, remodelaciones y restauraciones, inspiradas en un artificial y sofisticado colonialismo. Varias veces hablamos con el doctor Santos sobre el punto, refiriéndonos a la deformación de su residencia solariega de la calle 10ª, arriba del Teatro Colón, despojada de sus típicas ventanas arrodilladas, que caracterizaron toda una época de Bogotá. Decía él que habría sido preferible la demolición total. Y así otros lamentables casos.

* * *

No ejerció nunca nuestro amigo la abogacía. Pero de sus estudios de derecho sacaba tema frecuente en su conversación, en ese estilo familiar, tan suyo, de voz asordinada, pleno de amenidad, en que traía, cuando era el caso, alguna sale-rosa anécdota. Tal la reminiscencia de su examen de Derecho Penal, en que obtuvo un victorioso cinco. Solo que al terminar la sesión, el profesor doctor Julián Restrepo Hernández, le dijo: Usted ha presentado un buen examen, pero usted no sabe nada.— Demostración de la relatividad de los buenos exámenes.

El doctor Santos había estudiado derecho, decía, tan solo por complacer a su madre, Leopoldina Montejo, prototipo de la mujer fuerte colombiana, que supo en su viudez encaminar y educar a sus cinco hijos, de tan diferentes edades y temperamentos.

De su padre, el doctor Francisco Santos Galvis, seguramente había heredado el buen manejo de la pluma, pues recuerdo haber oído de muchacho, a personas de anteriores generaciones, que sus escritos periodísticos sin firma, a veces se creía que eran del doctor Rafael Núñez.

No. No fueron perdidos los años de aprendizaje en estas aulas. Quedó sin duda un fondo de criterio jurídico, un *background* ideológico, para hablar en castellano de ahora, que muchas veces le iluminaría a lo largo de su vida, especialmente de su gobierno.

Al aludir a su gobierno, no podría yo dejar de citar, entre otros, los nombres de los doctores Luis López de Mesa, su ministro de Relaciones Exteriores, y Carlos Lleras Restrepo, su ministro de Hacienda. Y al incomparable Tomás Rueda Vargas.

Es natural recordar cómo el doctor Santos fue un escritor de prosa fácil y suave, aunque sabía tocarla de vigor y energía, en la contienda política. Su castizo decir, le hizo figura central en la Academia de la Lengua. Ya sabemos cuánto amó la Academia de Historia, con efusión demostrada en magnífica munificencia. A veces el doctor Santos, se creía más hombre de letras que hombre de Estado. Yo creo que en él los dos caracteres se confundían. Así me parece que lo acreditan sus papeles de gobierno, y aun sus cartas particulares, de las cuales tomo un fragmento encantador, que coincide con lo que estoy diciendo. Su fecha, París, en 3 de abril del 57. Haciendo recuerdo de otra época, decía:

“La mañana en que la Convención Liberal debía proclamar mi candidatura presidencial yo tenía que esperar en mi oficina a los delegados de tal Convención que irían a notificarme la aclamación (si ello ocurría). Me quedé solo en la oficina de la calle 14, y me dije: “¿Y qué diablos hago mientras llegan?”. Miré los libros, me encontré las *Flores del mal*, de Baudelaire, y me tiré a la bartola en el canapé, a leer en alto voz todo aquello de *Sois charmante et tais toi...* y la *Confession de minuit*; y *Sois sage, oh ma douleur...*—. Cuando sentí el tropel de los convencionistas, apenas tuve tiempo de esconder al poeta y de tomar posición de estadista. Cuántas veces me han ocurrido cosas análogas. Pero eso se desvanece entre el montón de las cosas que pudieron haber sido, y no fueron...”. Hasta aquí el fragmento de la carta.

Así, si nuestro amigo fue un artista de la conversación de sobremesa y de la improvisación en público, lo fue también del género epistolar, en el cual cuando menos se esperaba dejaba asomar un lampo de esa erudición con que él sorprendía siempre a los más avisados, y en la cual nunca se dejaba sorprender. Tuvo el buen gusto de la carta manuscrita, cosa hoy un tanto desusada, casi diría que desaparecida, pero que suscita un tono de una intimidad irremplazable.

Es lamentable que él no hubiera dejado escritas sus memorias políticas, que enfocarían la grande y la pequeña historia: y que no sea mayor el acervo de sus páginas literarias. Fenómeno frecuente en inteligencias privilegiadas de nuestra tierra, que no han sido tentadas por la pequeña vanidad de verse en libros.

Con todo, quiero imaginar un volumen de esas páginas que se abrirían con la conferencia sobre don José Eusebio Caro, obra de primera juventud, terminando por la biografía de Lorencita, tocada de infinito afecto, y de las más bellas tintas crepusculares.

* * *

Si en una de esas encuestas que aquí no se hacen más que a los deportistas y a las reinas de belleza, se me preguntara por tres momentos culminantes de la biografía del doctor Santos, yo contestaría con los primeros que me vienen a la memoria al escribir estas cuartillas:

El del año 55, en París, con motivo de la clausura de *El Tiempo*, ordenada por la dictadura, cuando se le rindió el homenaje de intelectuales, ofrecido en gran discurso de Albert Camus, el nombre más eminente de la literatura francesa de toda una época, premio Nobel dos años después.

De su gobierno citaría las gestiones hechas durante la guerra universal, para ver de que se excluyeran de la lista negra de los Estados Unidos, los periódicos que le estaban haciendo aquí virulenta oposición, y se les despacharan las remesas de papel; no sin manifestar que estaba pronto a suministrar papel de su propio periódico. Si del presidente Murillo Toro siempre se cita la carta en que pedía una suscripción a los periódicos opositores, hay que aceptar que

de mayor volumen es, en este aspecto, el rasgo del presidente Santos.

Y por último, cuando el conflicto de Leticia, el año 33, su actuación ante la Liga de las Naciones, de Ginebra, que culminó como consecuencia de sus exposiciones orales, en lengua francesa como si fuera la propia, enfrentado a la eminente contraparte peruana, en las *Recomendaciones* de la Liga, en todo favorables a nuestra tesis; no puede negarse que fue, uno de los momentos estelares de la diplomacia colombiana.

Queda así cumplido mi pequeño recuerdo del intelectual, del estadista y del amigo.

EDUARDO SANTOS Y EL DERECHO ¹

Por *Rafael Gómez Hoyos*

El honor de presidir la Academia de Jurisprudencia me ha impuesto la grata pero ponderosa tarea de tejer, en esta noche recordatoria, el elogio de una de las figuras más fascinantes y complejas, de nuestra historia contemporánea. Varón de letras, intelectual que fue dueño de una de las culturas mentales más completas maestro del periodismo, político de alcurnia, hombre de Estado, me corresponde destacar —con brevísimas palabras— los rasgos sobresalientes de la personalidad jurídica de Eduardo Santos. El testimonio de admiración y afecto que le rendí durante cinco lustros, me ayudará a proyectar sobre su memoria aquella “luce intellectual piena d’amore”, que cantó el altísimo poeta florentino.

Formado en humanidades en el claustro rosarista, bajo el magisterio de Rafael María Carasquilla, pasó a la Facultad de Derecho de la Universidad, y en este mismo sitio en que hoy lo exaltamos, a la edad de 20 años, recibió el diploma que

¹ Oración pronunciada el 28 de agosto de 1974, en el homenaje que rindió el Colegio Máximo de las Academias al Dr. Eduardo Santos.

lo acreditaba para ejercer la abogacía. Sabios maestros de la jurisprudencia, encabezados por el Dr. Antonio José Uribe, a quien él recordó con cariño en momentos estelares de su misión diplomática, le infundieron la pasión por la justicia y su fruto necesario que es la paz, característica de su acción pública, larga y fecunda.

Pero su avidez de saber, la curiosidad por los libros, el anhelo de empaparse de arte y de historia, la necesidad íntima de ampliar los horizontes de su cultura, ciertamente no lo impulsaban a desentrañar las cláusulas y descubrir incisos de códigos y leyes para rondar por los estrados judiciales. Y a un mismo tiempo su fino instinto político, formado en los días en que declinaba la dictadura de Rafael Reyes y el país se preparaba a las grandes transformaciones institucionales, le señaló los caminos de Francia, que vivía una época de esplendor llamada por antonomasia bella. La permanencia en la Universidad de París, donde perfeccionó estudios de literatura y sociología, y el contacto con personajes franceses e hispanoamericanos de influyente prestigio, pusieron sólidos fundamentos al edificio cultural que levantara tenazmente durante todo el curso de su vida.

Su deseo juvenil de consagrarse por completo a las letras como objeto de todos sus esfuerzos y meta de sus aspiraciones, cedió el paso, según sus propias palabras, "al afanoso bregar del periodismo y de la tribuna parlamentaria y política". Efectivamente, su vinculación definitiva a *El Tiempo*, su visión optimista de Colombia y su temperamento conciliador y amigo de la concordia, harían de él personaje central en la política pacificadora de la Unión Republicana.

La inicial formación en las disciplinas jurídicas, perfeccionada con los estudios literarios y sociales de Francia; el trato diario con el mundo infinito de las ideas; la valoración de los hechos, percibidos a través del cristal del periodismo; el conocimiento íntimo del hombre y de los hombres, contribuyeron a estructurar el arquetipo del humanista colombiano: es decir, que no se recluye en el apacible refugio de su biblioteca, sino que, abierto a todas las inquietudes de su pueblo, se dedica al bien público y a los medios de alcanzarlo desde el gobierno. Y si este político está dotado además de talento intuitivo e imaginación creadora, alcanza la jerarquía de

hombre de Estado. Esta es la clave explicativa de la carrera fulgurante de Eduardo Santos, pues según el bello pensamiento de Francesco Carnelutti, el arte, como el derecho, sirve para ordenar el mundo; y el derecho, como el arte, tiende un puente desde el pasado hacia el futuro.

Hay en esta carrera pública de Santos tres momentos estelares que pusieron a prueba los finos quilates de su ingenio.

Una corriente de exaltado patriotismo sacudió al país en septiembre de 1932, cuando Colombia se sintió herida en sus fronteras con el Perú y en su dignidad de pueblo pacífico y respetuoso del derecho. El gobierno, que atendía solícito a los frentes de guerra, inició la batalla diplomática, y designó a Eduardo Santos —quien ya había desempeñado la cartera de Relaciones Exteriores— para defender los derechos de Colombia ante la Sociedad de las Naciones de Ginebra. Fue intensa la actividad que desplegó. Buscó y obtuvo la asesoría de expertos internacionalistas, interesó a las Cancillerías amigas, creó simpatías por la causa colombiana en los círculos intelectuales de Europa y América, y defendió la posición de nuestro gobierno con gallardía idiomática —en el más puro francés— y razones convincentes, en su elocuencia elegante que dejaba discurrir las ideas en tono sereno y persuasivo.

Las opiniones de jurisconsultos de la talla de M. Raymond Poincaré, de Don Francisco L. de la Barra, expresidente de México, del chileno D. Alejandro Alvarez, sistematizador de los principios más importantes del Derecho Internacional Americano y de D. Eugenio Borel, dadas en ensayos extensos y motivados, contribuyeron no poco al éxito de la posición de Colombia, que exigía el restablecimiento del orden violado en el Amazonas, el retiro de las tropas invasoras y el mantenimiento de los tratados vigentes antes del conflicto. Entre esos conceptos merece destacarse el de Poincaré, por la máxima autoridad de que gozaba el eximio jurisconsulto. Breve, conciso, enfático, luminoso, el estudio termina así: “Ninguna Comisión Internacional, ninguna Jurisdicción regular sabría resucitar un proceso que las partes han juzgado por sí mismas. Nada sería más perjudicial para la justicia y el derecho que un abuso de esta clase. Ello significaría pedir a esta Ju-

risdicción salir de su función normal y hacerse moralmente cómplice de un golpe de fuerza”.

Pero Santos fue aún más lejos en su empeño vindicador. Desde los primeros meses de su llegada a Europa, publicó en París, en diciembre de 1932, un luminoso opúsculo para informar a la opinión internacional sobre la legitimidad de nuestros derechos, con un valioso contenido histórico y jurídico. Los textos de los tratados celebrados con el Perú; los títulos de Colombia en sus fronteras con el Amazonas; la exposición hecha por los antiguos Ministros de Relaciones Exteriores de Colombia; conceptos de Cancillerías americanas y estudiosos del derecho de getnes, todo contribuía a ilustrar la conciencia pública en forma clara, casi pedagógica. “*Une nouvelle ombre sur L’Amerique. Les droits de la Colombie sur L’Amazones*”, es el título del magnífico libro.

“Colombia —escribía Santos— somete esta cuestión a los lectores de buena fe, al criterio imparcial de todos los que comprenden la necesidad de fundar la paz en la observancia leal de libres compromisos internacionales, y espera con confianza el juicio de la conciencia universal, de la cual ya ha recibido testimonios luminosos”. Y terminaba su prefacio con este párrafo estupendo: “Colombia no puede someter a discusión ninguna la integridad del territorio así reconocido como su propiedad, y no puede admitir que se le quiera dar ningún carácter litigioso. País pacífico por excelencia, dirigido por gobiernos constitucionales de tipo civil y siempre orientados a las soluciones del derecho y de la justicia, Colombia respeta escrupulosamente el derecho de los demás; su profundo deseo es el de mantener, con todos los pueblos de la tierra y especialmente con los países vecinos, relaciones de franca cordialidad y de sincera cooperación; ejecuta leal y fielmente los tratados que llevan su firma, pero felizmente está en condiciones de evitar que sean conculcados los derechos que estos tratados le reconocen. Estas cuestiones son vitales, no solo para la nación colombiana y para la defensa de su territorio y de su soberanía, sino también para la esencia misma del derecho...”.

Al fin resplandeció la verdad y se hizo justicia. Iguales razonamientos, la misma fervorosa elocuencia, idéntico amor al derecho desplegados en Ginebra, inspiraron sus maravi-

llosos discursos en el Congreso de Bogotá, en defensa del Protocolo de Río de Janeiro que liquidó el conflicto fronterizo con la nación hermana. En resumen, cabe decir que al entregar los mejores dones de su espíritu, abrió también generosamente sus arcas para cubrir los gastos que demandó la ardua empresa, en la que fue guardián del honor, de la tradición y de los intereses de la República. Más tarde, cuando ya ocupaba el solio de Santander y de Bolívar, debió volver las miradas a Ginebra cuando estampó esta frase, marco afortunado de su pensamiento jurídico: "La equidad implica el reconocimiento de todos los derechos, entre los cuales está el de hacer respetar sinceramente la propia dignidad".

Su política internacional como Jefe del Gobierno, política de paz, de solidaridad y cooperación entre todas las naciones, especialmente entre las de América y en particular entre las hermanas nacidas del genio del Libertador, está expresada con vigor de estilo y elevación de conceptos en todos sus mensajes presidenciales. Pero constituyó propósitos obsesionantes y anhelo de todas las horas, la celebración de un tratado de límites, equitativo y justo, con la República de Venezuela, por la cual sentía una debilidad que confesaba paladinamente. Así como el Señor Suárez pregonó la necesidad de un acercamiento a la poderosa nación del Norte, con su famoso lema *respice polum*, el doctor Santos miró siempre hacia el Oriente. El tratado de límites y de navegación celebrado con el insigne presidente Eleázar López Contreras el 5 de abril de 1941, fue la culminación feliz de sus gestiones, adelantadas con la brillante colaboración de su Canciller Luis Eduardo López de Mesa. En el homenaje nacional que le fue ofrecido, en el cual disertaron con galanura Esteban Jaramillo y Tulio E. Tascón, fue obsequiado con una placa de oro con la siguiente inscripción: "Al egregio Presidente Eduardo Santos, Apóstol de la justicia, del derecho y de la paz entre naciones, acreedor a la eterna gratitud de Colombia". En su discurso de agradecimiento, cuajado de ideas de la más noble estirpe jurídica, evocó el pasaje del Fausto de Goethe en que la hermosura de un momento llega a ser tan grande e intensa, que el poeta le grita al Instante: "Quédate, eres tan hermoso!".

El inicio y desarrollo de la segunda guerra mundial sirvió de poderoso excitante de su conciencia democrática, de su responsabilidad como ciudadano de Colombia, de América y del mundo, y de su imaginación de Jefe del Gobierno para enfrentar la realidad presente y orientarse, con ánimo seguro, por entre las incertidumbres del porvenir. Desde el mes de abril de 1939 acudió a Franklin D. Roosevelt para proponerle una reunión internacional “en que, descartadas las imposiciones de la fuerza y restablecida la confianza en la paz, se busquen los medios de satisfacer las aspiraciones legítimas”. Y desde entonces, haciendo eco a la voz angustiada del Papa Pío XII, clamó en contra de la violencia y en favor de “la paz libre, la paz justa, la paz fecunda”. Empero, a medida que estas aspiraciones se traducían en abiertas violaciones del derecho con la opresión de pueblos libres, los principios —orden del pensamiento anterior al de la acción— fueron el campo preferido en que se mantuvieron su palabra y su pluma. Porque la línea central en la geometría de su espíritu descansaba sobre un único plano: su concepción trascendental de la libertad y la dignidad de todos los hombres y naciones.

El 1º de septiembre proclama “una política de neutralidad vigilante”. Queremos asegurarle a nuestro pueblo —decía— ese bien inapreciable de la paz, pero nuestra neutralidad tiene que ser ante todo resolución inquebrantable de cumplir leal y firmemente los pactos internacionales que llevan nuestras firmas, de respetar sin reserva las normas del Derecho, de no permitir que nadie aproveche nuestro suelo ni nuestras condiciones geográficas para actos hostiles ningunos que puedan poner en peligro próximo o remoto la seguridad americana y la seguridad de Colombia”. Gracias a esta exquisita sensibilidad, su gobierno no tuvo otra preocupación que la de procurar que de aquel drama espantable que abrumaba al mundo “salga nuestra patria con su honor intacto, con sus intereses esenciales protegidos, con su porvenir afirmado en sólidas bases de justicia, de paz y de honda realidad democrática”. En este sentido envió mensajes múltiples a Jefes de Estado, procuró contactos, propuso encuentros, sugirió fórmulas de arreglo, envió a su Canciller en misión especialísima a los países del sur, y tomó medidas acertadas de índole económica y militar para la adecuada defensa de la República.

Poco a poco, de la neutralidad vigilante pasa a actitudes más enérgicas, anunciadas en el famoso discurso del 11 de mayo de 1941, pronunciado en el campo de Boyacá, al inaugurar el monumento al Libertador y la estatua de Santander: "En presencia de esta tragedia y del sacrificio de pueblos irreprochables, podemos ser neutrales dentro de la línea del Derecho Internacional, pero no podemos, no debemos, no queremos ser indiferentes, ni es posible guardar silencio ante lo que repugna a nuestra conciencia de pueblos libres y a nuestro claro y firme concepto de la justicia universal".

Por tales motivos, no le resultó difícil ubicarse y ubicar a la nación entera, en el conflicto de fuerzas doctrinales y armadas que se enfrentaron en aquel período que ahora, en la aceleración de la historia, vemos ya tan lejano: "Para un hombre de Estado americano, se presenta en toda su magnitud el problema de si puede cerrar los ojos a esas situaciones, de si puede tomar una política internacional sin ideales, inspirada tan solo en el abominable materialismo histórico, o si procura fundir los intereses esenciales de su patria con los principios morales e intelectuales, sin los cuales un país no sería sino una vaga acepción geográfica". No podía tolerar que un derecho de gentes, elaborado en siglos de esfuerzos civilizadores, quedara reemplazado por la teoría de los espacios vitales, y que fueran también sustituidas las instituciones representativas por los caudillos omnipotentes que tenían en sus manos y en las de sus camarillas la suerte de todos. Sereno y firme, tenso y dolorido, sin vanos alardes ni amenazas vacuas, fue elevando el tono en la misma proporción en que se cometían desafueros contra los pueblos inermes en la defensa de sus derechos esenciales: "Existen razones morales y razones jurídicas. Existen nuestros compromisos de orden internacional, y existe nuestro concepto de lo que debe ser la vida, de los deberes de los hombres ante los problemas fundamentales que ella presenta".

En su último mensaje al Congreso de 1942, después de haber interrumpido las relaciones diplomáticas y comerciales con las potencias del eje, pudo estampar, con absoluta tranquilidad de conciencia, esta frase histórica: "Nos hemos afiliado a la causa democrática y no podemos nunca arrepentirnos de ella, porque a la supervivencia de esa causa está

vinculada nuestra supervivencia como pueblo soberano y nuestra dignidad de hombres libres”.

Todo este ideario, proclamado cada día en su órgano periodístico que fue su cátedra y escuela permanente, toma forma literaria y política en sus mensajes presidenciales y se cristaliza en prácticas de excelente gobernación interna. El imperio de la justicia sin demagogia y del orden legal “sin que la violencia anárquica perturbe el desarrollo ordenado de las actividades nacionales, ni la imposición tumultuaria reemplace los principios jurídicos y los mandatos legales, que deben ser única norma de vida en una sociedad civilizada”, constituyó el núcleo central de su propósito y de su quehacer políticos. Al terminar el discurso de posesión, el 7 de agosto de 1938, dejó escrita la siguiente cláusula de marcado sabor bíblico: “Cualquier sacrificio que me espere en la vida que hoy empiezo a recorrer, lo recibiré con alegría, si puedo en cambio llevar a los hogares un poco más de bienestar un poco más de justicia y el don divino de la paz”. Posteriormente, en los momentos de peligro, se hizo habitual a los oídos colombianos, la frase clásica, llena de belleza y de sentido apaciguante: “Hay luz en la poterna y guardián en la heredad”.

Los fundamentos de la cultura humanística y cristiana —fuente de donde emanan la lógica, el derecho, el poder del espíritu— no son cadenas que detienen la vitalidad de los pueblos, sino la raíz de la energía moral y el estímulo para la búsqueda de la justicia, meta siempre anhelada por la humanidad. Hé aquí la elegancia con que él daba expresión a estos sentimientos, tan arraigados en el hondón de su alma: “Los pueblos necesitan desarrollarse al través de su propia soberanía, de la independencia de sus hombres, de un criterio cristiano de su vida, que no los deje expuestos a la mera violencia desencadenada, sino que respete los derechos de cada cual, que se incline con piedad y con ternura sobre la suerte de los débiles, que no juzgue las cosas tan solo por su grandeza material, sino por la gota de espíritu que en ellas se encierra”.

Pero la más bella radiografía de su espíritu nacionalista quedó para siempre grabada en la magnífica alocución que dirigió a sus compatriotas desde el templo de la Villa del Rosario de Cúcuta, en la conmemoración centenaria de la muerte

del Hombre de las Leyes. Supo verter en ella los mejores jugos de la tradición colombiana, porque había cultivado con esmero y amor las afinidades electivas que lo aproximaban a Santander, y porque él mismo fue afortunado continuador del legalismo y de la austeridad, de la probidad y del civismo de los patricios que cifran los claros días y las máximas glorias de la patria.

Más tarde, en épocas cercanas a la nuestra, estuvo, como siempre, a la cabeza de todos los movimientos restauradores de las instituciones, y su voz en los congresos y en las reuniones políticas defendió cálidamente acuerdos de convivencia y proyectos de reforma constitucional, con los cuales contribuyó a dar solidez y belleza a la arquitectura civil de la República.

En su conciencia de hombre universal repercutían dolorosamente todos los gritos de los perseguidos en su libertad y en sus derechos, y en su corazón, ancho y generoso, hallaban acogedor refugio los desvalidos y los desterrados. Ello explica el gesto —al parecer romántico— de hacer grabar en los muros de su casa intelectual la Declaración Universal de los Derechos Humanos, como si quisiera proclamar su fe y su esperanza en una humanidad futura más libre, más igual y más justa.

Lo que más destaca en la personalidad ética y estética de Santos, es la radical integridad de su pensamiento, la fuerza en la propia convicción ideológica. Su pluma, como su voz, mantuvo siempre una extraña aleación de seda y de acero.

José Martí, fuente intelectual en donde él bebía con deleite, esculpió en frases lapidarias el hondo significado de la libertad y del decoro: “Hay hombres que viven contentos aunque vivan sin decoro. Hay otros que padecen como en agonía cuando ven que los hombres viven sin decoro a su alrededor. En el mundo ha de haber cierta cantidad de luz como ha de haber cierta cantidad de decoro. Cuando hay muchos hombres sin decoro, hay siempre otros que tienen en sí el decoro de muchos hombres. Esos son los que se rebelan con fuerza terrible contra los que roban a los pueblos su libertad, que es robar a los hombres su decoro. En esos hombres van miles de hombres, va un pueblo entero, va la dignidad humana. Esos hombres son sagrados”.

En esta escala de valores, Eduardo Santos, Presidente Honorario que fue de la Academia Colombiana de Jurisprudencia, por derecho propio pertenece a la categoría excelsa de los hombres sagrados.

RECUERDO DEL PRESIDENTE EDUARDO SANTOS

Abel Cruz Santos

Discurso en la sesión solemne del Colegio Máximo de Academias, el 28 de agosto de 1974.

Ningún ambiente más propicio que el de esta vieja casa, sede de la Academia Colombiana de Historia, para que los máximos representativos de la cultura nacional, se congreguen aquí, a rendir homenaje de admiración y gratitud, en la fecha de su natalicio, a quien fue a lo largo de una vida, su inspiración y su guía.

Porque en esta vieja casa, restaurada por su inagotable generosidad, y por dondequiera se advierte la huella de sus pasos, se inició el doctor Eduardo Santos, a principios del siglo, en el estudio de la jurisprudencia. Y recibió en una de estas salas el doctorado en leyes, cuando aun no había cumplido la mayor edad. Aquí empieza la parábola magnífica del adolescente a la primera juventud. Y, luego, en brillante trayectoria: director de "El Tiempo", parlamentario, ministro, diplomático, académico, gobernante ejemplar, viajero informado a través de todos los continentes. Hasta elevarse a la meta de las humanidades, para honor y decoro de su patria y de América.

De pocos hombres podría decirse, con más exactitud, que fue la verdadera encarnación de su patria. El era Colombia, en la medida en que un ser humano puede personificar a una nación. Interpretaba nuestras gentes en lo mejor de sus atributos esenciales: amor a la libertad, respeto al derecho, devoción por el pasado, lucha en el presente, confianza en el por-

venir. De ahí su poderoso ascendiente sobre sus conciudadanos, a pesar de las inevitables diferencias sociales y políticas.

Como escritor público tuvo el raro privilegio de hacer amables sus ideas hasta para quienes no las profesaban. Llegaba a sus lectores de todas las latitudes por el camino directo de la claridad, de la prosa sutil, de la precisión, de la elegancia en el concepto. Y esas mismas cualidades en su oratoria parlamentaria y académica. Ajeno a la sonoridad, a la estridencia, a las trivialidades literarias. Se imponía por la solidez de sus principios, por su hidalguía ante el adversario. Y, singularmente, porque nunca lo traicionaron las palabras. Dijo siempre lo que debía expresar, ni más ni menos.

Nadie como él para regir, en tono menor, el diálogo ágil y cordial; para recordar la anécdota oportuna; para inspirar confianza y evitar inhibiciones a sus ocasionales contertulios. Sin perjuicio, naturalmente, de mantener las distancias. El tan mencionado "tratado de límites" con su interlocutor, para advertirle, discretamente, que no debería traspasar la línea infranqueable de la jerarquía.

Primero, el periodismo, luego, la política; y, finalmente, las responsabilidades del gobierno, desviaron al doctor Eduardo Santos de las letras óptimas, su verdadera vocación. Así lo reconoció él mismo en su discurso de recepción en la Academia de la Lengua. Sin embargo, en sus editoriales de "El Tiempo", en sus mensajes presidenciales, en sus discursos políticos y académicos, siempre se vio la huella del letrado, del humanista y del feliz cultivador de las más puras disciplinas literarias.

La lectura fue para él la gran pasión de su vida. Su dominio de idiomas extranjeros, le permitió paladear, en su lengua original, a clásicos antiguos y modernos. No fue un lector limitado por la especialización. Como humanista auténtico, ningún tema le era extraño. Su agudo sentido crítico, su innato buen gusto, le permitían adquirir los mejores libros, sobre los temas más diversos. La biblioteca constituía para él sitio predilecto de su hogar. Y quienes tuvimos la fortuna de acogerlos a su hidalga hospitalidad, lo recordaremos siempre rodeado de libros, teniendo entre las manos el último volumen de las más prestigiosas editoriales europeas y americanas.

Se ha dicho que nada hace a un hombre más respetable que una biblioteca. Que no es, ciertamente, hacinamiento de

libros. Sino como la del doctor Santos, formada con riguroso criterio selectivo, siempre renovada, y que para él no tenía misterios. Porque personalmente ordenaba los volúmenes, y en cualquier momento, localizaba el que deseaba consultar o releer.

* * *

En ocasiones memorables, en el ámbito internacional, la voz de Eduardo Santos, no fue solo de Colombia sino también de la América Latina. Defendió en Ginebra, en la Liga de las Naciones, la vigencia del Tratado de límites entre Colombia y el Perú. Hasta lograr que el Consejo ordenara la evacuación completa, por las fuerzas peruanas, del territorio de Leticia, y el retiro de todo apoyo a los elementos peruanos que habían ocupado esa región. Feliz resultado al que contribuyó, también, la oportuna entrevista en Lima entre el candidato presidencial Alfonso López Pumarejo y el Presidente Oscar Benavides.

A la extraordinaria actuación del doctor Santos en el Consejo se refiere Mr. F. P. Walters, antiguo delegado de la Secretaría de la Liga, en su importante libro *A History of the League of Nations*, obra patrocinada por el Real Instituto de Asuntos Internacionales de la Universidad de Oxford. Conceptúa el eminente profesor que el éxito de la Liga en la disputa del Trapecio Amazónico se debió "a la alta categoría intelectual de los delegados del Perú y Colombia. La representación del primero correspondió a Francisco García Calderón famoso autor en la América Latina, que era también hombre de temperamento, quien sabía del caso difícil que tenía entre manos; y que por eso se vio obligado a sustituir la elocuencia y la emoción por argumentos serios, lo cual hizo con gran habilidad. Pero se notaba que estaba haciendo el máximo esfuerzo para que su gobierno viera la razón. Se portó con perfecta cortesía con su oponente. Este era Eduardo Santos de los representantes más admirables que potencia grande o pequeña jamás tuvo en la mesa del Consejo. Sin tacha en su carácter y modales, claro y convincente en la discusión, firme en los principios, pero siempre buscando la paz y la conciliación, el registro de sus discursos y cartas podrían ser el modelo para cualquier estadista quien tenga que presentar el caso de su país en el exterior".

Cuando en noviembre de 1939 los ejércitos rusos invadieron a Finlandia, tal vez fue la del Presidente Santos la primera voz de un Jefe de Estado latinoamericano para protestar por el inaudito atropello, a nombre de las pequeñas naciones del mundo, amantes de la libertad y del derecho.

Precipitado el conflicto, cuando las milicias nazistas, irrumpían, altaneras, en la Europa Central, y bombardeaban a Londres, el Presidente Santos se colocó, irrevocablemente, al lado de las Naciones Unidas. En varios mensajes al Congreso, solicitó y obtuvo pleno respaldo para su política internacional. Sobre tres postulados: Entendimiento con las naciones americanas, unidad de acción en la defensa de los principios democráticos, reconocimiento de la igualdad jurídica entre las naciones.

Proclamó entonces la política de neutralidad vigilante. Firme en el propósito de cumplir los pactos internacionales y en la defensa del derecho y de la libertad amenazadas. Y en no permitir a los beligerantes aprovecharse de nuestra posición territorial para realizar actos hostiles que pudieran poner en peligro nuestra seguridad y, también, la del continente.

En esos momentos de incertidumbre y de negros presagios, cuando Winston Churchill, solo ofrecía al imperio británico "sangre, sudor y lágrimas", no faltaron entre nosotros, quienes le advirtieran, cautelosos, al Presidente Santos que se había apuntado a una "mala carta". Eran los simpatizantes del totalitarismo, simulados de personas prudentes. A ellos se refirió el Jefe del Estado en la trascendental exposición en que anunciaba a los colombianos la ruptura de relaciones diplomáticas con las potencias del Eje. Oigámoslo:

"Si eso fuera así, permítanme que les diga que a esa carta no nos apuntamos ahora, sino en la tarde del 20 de julio de 1810. Nos apuntamos a ella cuando nuestros soldados escalaban los Andes y cruzaban los páramos para venir a jugar la más azarosa de las cartas en los campos de Boyacá. A esa carta hemos estado apuntados durante siglo y medio. Y es cierto que por ella pasó años enteros Antonio Nariño en la carraca de Cádiz; y por ella fue paseada la cabeza de Camilo Torres por las calles de Bogotá".

Triunfante esa política, pudo decir el Presidente Santos en su último mensaje al Congreso de 1942: "Nos hemos afiliado a la causa democrática, y no podremos nunca arrepentirnos de ella porque a la supervivencia de esa causa está vinculada nuestra supervivencia como pueblo soberano y nuestra dignidad de hombres libres. Hemos reafirmado libremente, espontáneamente, en la hora oportuna, nuestra adhesión a la solidaridad americana, y con ello no solo hemos sido fieles a nuestros compromisos internacionales, sino fieles también a nuestras tradiciones y a lo que exige nuestro destino en el futuro".

Ya retirado del gobierno, participó el doctor Eduardo Santos, al lado de eminentes figuras de la política y de las letras latinoamericanas, en la Conferencia sobre Libertad Responsable que se reunió en Nueva York, en 1954, en la Universidad de Columbia. En ese foro memorable interpretó dignamente a los países latinoamericanos.

Como conferenciante y como escritor público fue Eduardo Santos, en todas las circunstancias, gran líder de la democracia beligerante. "Necesitamos —dijo en aquella altísima tribuna— que se nos liberte del temor al miedo, que en muchas regiones de la América Latina es una obsesión paralizante, que mengua todas las energías y disminuye todas las actividades". Para él la democracia debería ser franca, clara, irrevocable. Tal como la sintetiza la Carta de los Derechos Humanos. Y recordaba entonces cómo desde los tiempos de Pericles la libertad exige para su conquista y estabilidad, ante todo, de valor y de coraje. Y concluía así: "Podemos pasar horas duras, podemos ver el fuego destruir tal o cual periódico, o tratar de destruirlo, no importa, resucitará de sus propias cenizas. Podemos pasar malas horas, pero tengamos siempre el valor de defender nuestras libertades y de creer en ellas; el valor de confesar que amamos la libertad y que tenemos en ella una fe combativa; no la fe inerte del que cree y no hace nada, sino la fe combativa del que en todos los campos y en todas las horas luchará como le sea posible para extender y defender libertades necesarias, justas, grandes, sin las cuales no vale la pena vivir".

Y cuando después de la segunda guerra mundial, los Estados Unidos, so pretexto de combatir al comunismo, fomentaba el armamentismo en las naciones latinoamericanas, el

ex-Presidente Santos, en histórica entrevista con el Presidente Roosevelt, se opuso a tamaño error. Y de esa conferencia resultó la modificación al Acta de Chapultepec que creó la garantía colectiva de las Américas para prevenir la amenaza de la guerra.

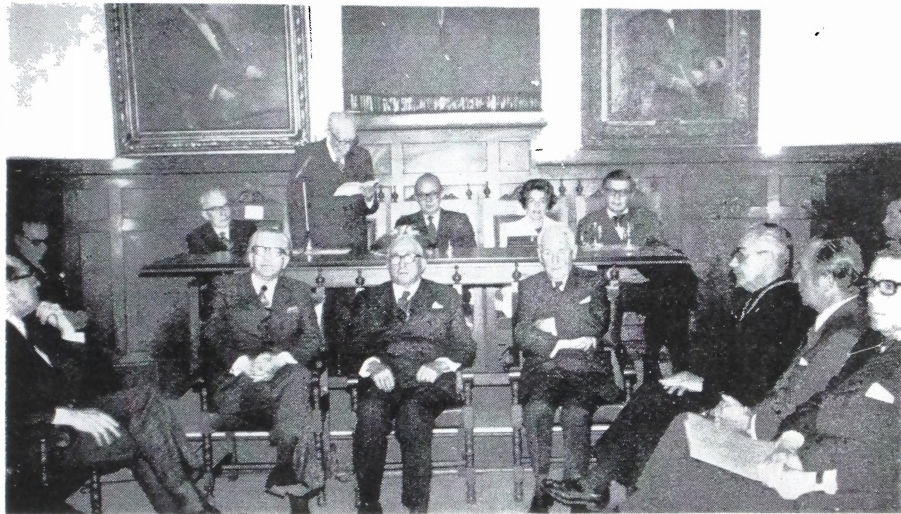
“El hombre está hecho de la materia de sus sueños”, según la noble expresión de Shakespeare. Y Eduardo Santos, en aquel foro de 1954, decía en la clara exégesis, que no ha perdido actualidad: “Los que hemos ocupado puestos altos en la América Latina, muchas veces hemos soñado en lo que debiera ser nuestro continente, en el papel que nos corresponde en la historia, en lo que nosotros deberíamos ser en el conjunto de la humanidad. Y yo, por lo menos, siempre vi a nuestro continente como una reunión de pueblos pacíficos, libres, unidos por una fraternidad sincera, ayudados los unos a los otros. Unidos por el origen, por la historia, por el idioma, unidos por la religión, unidos por la geografía; nada nos separa, todo nos une”.

Con sobra de razón, en vigorosa semblanza de Eduardo Santos, escribió un patricio antioqueño: “Este hombre está hecho de libertad”. Una libertad que para él no tuvo fronteras. Fue amigo y mecenas de todos los perseguidos, de los exilados, de los que tenían hambre y sed de justicia. Nunca le faltó fé en la democracia colombiana, en sus transitorios eclipses. Esa democracia del disentimiento, de la libre discusión, del respeto al derecho ajeno. Y, también, del amparo a los desheredados. La democracia era para él un acuerdo espiritual entre los hombres.

Y ya al final de su noble existencia, cuando la muerte de su admirable esposa, se recogió en sí mismo, lejos del bullicio, lejos de la vida social, con la íntima satisfacción de que la democracia de sus sueños había cuajado en un acuerdo nacional.

* * *

Transcurrió el gobierno del Presidente Santos bajo el signo perturbador de la segunda guerra mundial. Sin embargo, tanto el frente interno como el externo, fueron atendidos con solícito esmero. Fue un gobierno ejemplar, por su eficacia, por su honestidad, por su buen sentido. Sin huelgas en los ser-



Sesión solemne del Colegio Máximo de Academias, en honor del doctor Eduardo Santos, el 28 de agosto de 1974, con asistencia del Señor Presidente de la República, doctor Alfonso López Michelsen, de la señora Cecilia Caballero de López, de los ex-Presidentes Alberto Lleras, Darío Echandía, Carlos Lleras y Julio César Turbay Ayala y del Ministro de Relaciones Exteriores, doctor Indalecio Liévano Aguirre.

vicios públicos, sin estado de sitio, que garantizó sus derechos a los colombianos. Y que en el ámbito internacional dejó en alto el nombre de Colombia. A la par que le abrió al país amplios horizontes de bienestar y de prosperidad. Con sobra de razón pudo decir el mandatario en solemne ocasión: "Hay luz en la poterna y guardián en la heredad".

Proclamó y practicó el Presidente Santos la política de convivencia. Como exacta expresión de su criterio de hombre de gobierno y de su íntimo conocimiento de la realidad nacional. No era un pacto de contraprestaciones interesado y mezquino. Su estilo de gobierno descartaba de antemano el reconocimiento de sus compatriotas. "Entre convivencia y connivencia —aclaraba— media un abismo tan ancho como el que separa la moral de un tráfico ilícito".

Al intentar, en exceso de síntesis, las realizaciones de la administración Santos, no sobra anotar que el orden, el método, la prelación, fueron sus normas inmodificables. Porque el gobernante tenía bien sabido lo que era posible hacer dentro de las precarias circunstancias del país. Y para apreciar, en su justa dimensión, la obra cumplida, es oportuno recordar que el presupuesto nacional era, en 1938, de 92 millones, y que sin empréstitos externos subió apenas en 1942 a 100 millones, por razón de la guerra. El café se cotizaba en aquella época a 17 centavos de dólar y representaba más del 80% de nuestras exportaciones.

En el sector económico se expidió el estatuto de estabilidad monetaria; se creó el Fondo Nacional del Café; se fundaron los Institutos de Crédito Territorial y de Fomento Industrial; se reanudó, mediante ventajosa conversión, el servicio de la deuda externa; se unificaron los diversos títulos de la interna. Y con excelentes resultados operó el pacto de cuotas de café.

En materia laboral, se estableció el descanso remunerado para los trabajadores en días feriados. Se creó la jurisdicción especial del trabajo y las comisiones de conciliación y arbitraje.

En las obras públicas, se construyeron y nacionalizaron ferrocarriles; se amplió considerablemente la red de carreteras; se levantaron en varias ciudades edificios públicos, cuarteles, puentes, escuelas normales, hospitales, acueductos. Las obras materiales irradiaban de la periferia al centro. Sin embargo,

en la capital se dio gran impulso a la Ciudad Universitaria, al Palacio de San Carlos, a la Penitenciaría de La Picota, a la Escuela Militar de Cadetes, y a los edificios para los ministerios.

Culminó el Presidente Santos su gestión de gobernante con el Tratado de Límites con Venezuela, firmado en el Templo del Rosario de Cúcuta. Y que tuvo la más solemne culminación en la entrevista en el Puente Internacional del Táchira con el Presidente López Contreras. Ese tratado, nunca ha sido una línea divisoria, ha sido y continuará siendo el acercamiento social y la integración económica entre Venezuela y Colombia.

Como lo dijera alguna vez el afecto del Presidente Santos por la hermana república era consustancial con su vida. Provenía del íntimo conocimiento de su historia y de sus hombres representativos. Y así lo comprendieron sus distintos gobiernos, cuando ya separado del gobierno, le otorgaron las máximas condecoraciones. Sus dirigentes políticos, al llegar a Bogotá, siempre buscaban la oportunidad de visitarlo, y quedaban convencidos de que la sinceridad de su afecto procedía del verdadero conocimiento. Y los colombianos no olvidaremos nunca que el Gobierno, el Congreso y la prensa de Venezuela fueron los primeros en asociarse a nuestro duelo el infausto 27 de marzo de 1974.

* * *

Como socio de número se incorporó el doctor Santos a nuestra Academia Colombiana de Historia en 1942, en el sillón ilustre del doctor Antonio José Uribe. Por derecho propio ocupó la presidencia de la Corporación en cuatro períodos. Y a partir de 1962 fue exaltado a la dignidad de Presidente Honorario.

Lo vinculaban a la historia nacional su pasado y su presente. Por tácito acuerdo de sus conciudadanos había sido elegido, sin contendor, para la primera magistratura. Como escritor, como parlamentario, como diplomático y como gobernante le había prestado al país insignes servicios. Y ninguno más autorizado para exaltar nuestro glorioso pasado. Como coleccionista de documentos y de objetos históricos, lejos de atesorarles, enriqueció con ellos a todos los museos de Bogotá. Y

siempre listo a velar por la conservación de los lugares históricos, en el territorio nacional.

Sin ser, precisamente, historiador profesional, por mandato inexorable del destino; por la honrosa trayectoria de su vida ejemplar, integraba el doctor Santos el grupo selecto de varones epónimos que hacen la historia, dejando a otros el honor insignificante de escribirla.

La íntima crónica de nuestra Academia, en un lapso de más de treinta años, registra su nombre inolvidable íntimamente vinculado a sus mejores realizaciones: la restauración del edificio que nos cedió el Estado; la serie de libros editados bajo su patrocinio; la Biblioteca, el Instituto Superior de Historia, la Librería que cumple una magnífica labor de divulgación cultural. Fue el iniciador de la Historia Extensa de Colombia. Y le correspondió hacer entrega de los primeros volúmenes a los Presidentes Guillermo León Valencia y Carlos Lleras Restrepo. Y supo darle a la magna obra su verdadera significación, cuando dijo: "Constituye los cimientos magníficos e insustituibles de la futura historia de Colombia, la documentación presentada en forma vivaz por criterios definidos. Deberán estudiarla cuantos quisieren escribir la historia sintética, y tendrán dónde enterarse de las fuerzas de nuestro vivir, de cómo empezó la nación y cómo se ha desarrollado en sus distintas etapas".

No se ocultaba al doctor Santos que es la controversia tal vez el mejor atractivo de la historia. Y refiriéndose a los primeros diez volúmenes de la Historia Extensa, y a los que vendrían luego, se anticipó a conceptuar que serían objeto de discusiones y polémicas. "Y está bien que así lo sean. Un libro que no se discute, que no se combate es, las más de las veces, un libro que vale poco".

Como gobernante y como historiador se empeñó el doctor Santos en dar al General Francisco de Paula Santander la dimensión americana que le correspondía. Y creo no equivocarme al afirmar que a él se debe el haber colocado al fundador de nuestra república civil por encima de nuestras discriminaciones partidistas. Por eso cuando en un reportaje le preguntó nuestro eminente colega Joaquín Piñeros Corpas si él, fervoroso santanderista, se sentía, también, entusiasta bolivariano, le respondió sin vacilar:

“Esos varones excelsos están ya más allá de nuestras disputas partidistas. El uno es el hombre más grande de América, orgullo de todos y para todos sagrado. El otro el máximo prócer granadino, que nos gobernó durante doce años con recias manos de constructor y a quien nadie, entre los nuestros, ha podido superar. La historia debe estudiar sus vidas, sus triunfos y reveses, sus méritos y sus fallas con sereno espíritu crítico. El balance les será siempre favorable y les dará pleno derecho a nuestra veneración y gratitud”.

Y sintetizó así su pensamiento sobre nuestro devenir nacional:

“Se ha pretendido por algunos reemplazar la historia, tal como la hemos conocido y amado, por otra novísima e imprevista que, en servicio de corrientes peligrosas y extrañas, arrasa el pasado en que creíamos, y lo reemplaza por otro, poco menos que ignominioso, destruyendo así la fisonomía moral e ideológica que la nación colombiana ha ido forjando conforme a su índole propia y con esfuerzos y sacrificios inconmensurables. Así quedaría esta nación sin raíces ni tradiciones respetables, como rebaño vilmente explotado que espera redentores venidos de tierras exóticas y animados por doctrinas que repugnan a nuestra manera de ser. Contra todo esto hay que luchar a cara descubierta. Porque el mal existe y puede extenderse a la sombra de la ignorancia de los más y del tonto esnobismo que sistemáticamente se deja seducir por cualquier novedad, así sea ella necia e insensata”.

Esta memorable sesión del Colegio Máximo de Academias, con asistencia del Jefe del Estado, de los expresidentes, de los señores ministros, lo más selecto de la intelectualidad, de la sociedad bogotana, destaca tanto a quien se dedica como a los que en ella participan: el que honra se honra.

SELECCION DE ESCRITOS DEL DOCTOR
EDUARDO SANTOS

APUNTES PARA UNA BIOGRAFIA

(Lorencita Villegas de Santos)

Aparte de otros títulos para intentar este esbozo de lo que fuera la mujer colombiana cuya pérdida ha llorado tan conmovedoramente la nación, puedo exhibir el de una vinculación íntima, acendrada a lo largo de medio siglo. Mi buena fortuna me permitió conocer muy de cerca su hogar nativo, instalado en Bogotá desde 1908. Me unían ya, desde entonces, estrechas relaciones con Alfonso Villegas. Después, a partir de 1917, compartí con Ella alegrías y penas, esperanzas y luchas. La vi vivir esa vida suya, límpida y armoniosa. Por eso puedo hoy, devotamente, rendir testimonio; evocar algo de lo que ella fuera en estas páginas lentamente pensadas, saturadas de vivos recuerdos, iluminadas por un "Spirto soave e pien d'amore", siempre presente.

Lo han hecho ya otras plumas ilustres; sobre su tumba han caído innumerables elogios justicieros, llenos de cariño y de pena. Pero no ha de sobrar esta tentativa de retrato integral, trazado por la mano temblorosa de quien pudo apreciar de cerca los múltiples aspectos de tan noble existencia.

* * *

Sin duda el rasgo característico de Lorencita era una personalidad definida, inconfundible, velada por una cortesía exquisita de que jamás se apartó; por el control permanente

y firme de sí misma; por la deliciosa suavidad de sus siempre señoriles maneras.

Lorencita —y eso lo saben cuantos de cerca, poco o mucho, la conocieron— no hizo nunca “una escena”, ni en los más dolorosos momentos de su vida se dejó arrastrar por la desesperación, ni dejó que descompusieran su corrección impecable arranques de la indignación que a veces sentía ante ciertos sucesos públicos, o del pesar que irremediables pérdidas le producían. Todo en Ella era discreto, quizá por ser siempre sincero y claro. Sus desgracias le llegaban al fondo del alma, porque sentía con intensidad excepcional pero a la superficie no salía sino una infinita melancolía, una tristeza callada superior a todas las palabras. Y cuando no la entristecía la pérdida de algún ser querido, se mostraba alegre, contenta, sonriente con una sonrisa que parecía iluminarlo todo a su alrededor.

Dos cosas no conocía: ni la indiferencia, ni el aburrimiento. “Yo no me he aburrido nunca”, solía decir y así era porque nunca dejó de estar interesada en algo. Y estoy cierto de que jamás aburrió a nadie. Pertenecía a esa privilegiada categoría de seres cuya presencia sola inspira simpatía y afecto, y que a su paso dejan perdurable estela de encanto. La imprecación apocalíptica contra “los tibios” no le podía alcanzar, porque para nada fue tibia ni indolente. Sentía hasta en lo más hondo de su ser, y con impresionante constancia. Para ella, categóricamente, un sí era un sí, y un no, un no. Más allá de su suave sonrisa había un recio carácter, tanto más enérgico cuanto mejor lo disimulaba, y un intenso reflexionar silencioso sobre lo que debía hacer.

En nada se precipitaba; todo lo meditaba y analizaba en el fondo tranquilo de su espíritu. Era una voluntad siempre en marcha, callada, reservada, pero neta y precisa. Lo fue desde la niñez hasta el fin. No vivía al azar de las horas sino con propósitos claros para que esas horas no pasaran en vano, para que en su vida y su hogar hubiera siempre algo mejor que la víspera, algo atractivo y bueno para el mañana y era ese el sueño que se empeñó en realizar.

No será fácil encontrar una pareja más unida que la formada por ella y su marido, sin eclipse. Estuvieron casados

exactamente 42 años y cinco meses. Desde el 25 de noviembre de 1917. Y durante ese largo período estuvieron separados, en total, solamente 39 días, que ella tenía cuidadosamente anotados, con fechas y explicaciones sobre el motivo de las ausencias. Alguna vez que de ello se hablaba en un círculo de amigos y Eduardo le recalca sobre lo que llamaba 39 días de vacaciones conyugales en 42 años, ella replicaba, con fingida y alegre solemnidad: "Demasiados, demasiados...". Y volviéndola a mirar su esposo (a quien en el fondo también le parecían demasiado esos 39 días), comentaba riendo: "¿No te he dicho siempre que eres totalitaria?".

Y lo era en su solicitud infinita por su marido, del que quiso ser esposa, hija, madre; por quien veló siempre con ternura maravillosa. Todo lo que él podía necesitar se lo hacía, anticipándose a sus deseos. Se encargaba de todos los menesteres de la vida diaria. Su obsesión era quitarle preocupaciones, facilitarle las cosas, hacerle agradable y hermosa la existencia, sin un momento de impertinencia, sin exigir nada, con la obsesión de no ser jamás para él carga o estorbo. Un ángel de la guarda siempre listo a proteger, a ayudar, a servir, a compartir las horas buenas o malas, con tacto perfecto, sin hacerse sentir sino cuando era indispensable.

* * *

Entre la inmensa masa gris de los seres humanos, arrollados como hojas secas por el turbión de los diarios acontecimientos, Lorencita, a solas con sus sueños y sus esperanzas, lejos de toda pose teatral, se erguía y trataba de ser lo que quería ser, como se lo aconsejaba su íntima naturaleza. Su niña, Clarita Santos, la llenó de radiante felicidad y completó el trío que para ella constituía el ideal de la dicha. De pronto, brutalmente, en pocas horas inesperadas y absurdas, la niña se fue... ¡Qué honda y angustiosa pena, callada y abrumadora! Sin gritos ni escenas, la devoraba un dolor infinito, que todo lo hacía temer. Pero surgió la recia voluntad, el deseo ardiente de no permitir que su hogar se ensombreciera definitivamente por el infortunio, y entonces se le enfrentó apa-

sionadamente. Resolvió que la niña tenía que volver al lado de sus padres, con ellos, y por ellos y se consagró a derrotar a la muerte, a traer de nuevo al hogar a esa alegre y bulliciosa criatura que en un siniestro amanecer había parecido partir. Y la tumba de Clarita Santos fue un alegre jardincito, con fuente cantarina, y pájaros y flores, y la casa se llenó de retratos, los más lindos que pudieran verse, y las cositas de la niña ocuparon su puesto, y de Clarita hablaron siempre Lorencita y Eduardo como si de un momento a otro fuera a regresar del diario paseo, o estuviera jugando en el jardín, o dormida a su lado.

Y dondequiera que estuviera, en Bogotá, en Europa, en su cuarto del Hospital, los retratos de la niña con flores, y el sencillo hablar dulcemente de ella, en leves frases evocadoras y habituales, que muchas veces los extraños no entendían ni nadie les explicaba pero que encerraban un mundo.

Desde el fatídico 17 de febrero de 1926, no hubo un día, oíase bien, ni un solo día en que estando en Bogotá, no fuera Lorencita a pasar un momento con la niña en el cementerio. En los viajes al exterior, al ir a tomar el avión había que pasar antes un instante al jardín de Clarita, para despedirse de ella, y al regresar para ella era la primera visita. Jamás faltó el constante recuerdo diario, habitual y juguetón. Jamás se debilitaron ni ese sentimiento ni ese culto, idéntico en marzo de 1926 y en marzo de 1960, solo que eran cada día más alegres, más confortadores. Y nunca hubo en eso ni asomos de manía, ni fúnebre ambiente.

Todo lo contrario, al cementerio iba todos los días, pero solo pocos minutos "a ver cómo está", a ponerles pan a los pajaritos, a sentirse cerca y tomar fuerzas. Tenía frases de una ternura sin límites, le gustaba renovar las flores de la tumba, cambiar el aspecto del jardincito, reemplazar unas plantas por otras, y decía: "Hoy le voy a cambiar el traje a la niña...".

Así la tragedia del atroz amanecer cesó, y volvió la niña, para la cual la muerte fue un accidente pasajero que un grande amor reparó y corrigió. Lo que fuera pena sin consuelo se tornó en dulce compañía permanente, en fuente de alegrías, en inagotable tema de conversaciones íntimas. Quedaba restablecido el trío, al calor prodigioso de un alma que

resolvió no someterse a lo que se creía irreparable, readquirir su bien supremo, devolverlo a un hogar en donde así hubo constamente una niñita, impetuosa y linda, alegrándolo todo.

Nada quizá explica mejor que esto la personalidad íntima de Lorencita, para cuyos afectos el correr de los meses y de los años nada significaba. La llama que ella prendía en su corazón no se había de apagar jamás, ni siquiera con la propia muerte. En el seno de Dios, ella ha de seguir pensando en la Trinidad de su hogar feliz. Y sabe que en el más acá hay también alguien que comparte ese inmenso anhelo, esa firme esperanza, esa convicción de que hay amores más fuertes que la muerte, uniones que ésta no puede disolver. El sentimiento profundo de lo eterno, ¿no será acaso la mejor manera de asegurar esa eternidad?

* * *

Se educó Lorencita en la mejor de las universidades imaginables: en un hogar cristiano que presidían una madre, excepcional por la clarísima inteligencia y el recio carácter, y un padre que fue la encarnación perfecta del varón justo, en que iban a la par el talento y el corazón. Allí —a más de esmerada educación, completada en el Colegio de las Hermanas de la Caridad— se formó el carácter de Lorencita, para siempre. Un recio conjunto de principios religiosos y morales, que no fueron nunca vagas nociones sino inflexibles normas de conducta; una base incommovible de virtud y de fe, que no admitía ni dudas ni vacilaciones, ni eclipses. En ese ambiente creció y en él vivió con serena seguridad. Nadie estuvo más lejos de escepticismo, ni de dudas, ni de esas turbias transacciones con la propia conciencia que son el lote ordinario de la mayoría de los mortales. Quiso ser siempre digna de sus padres y lo fue, sencillamente, sin alardes ni desplantés farisaicos, discreta en eso como en todo, ajena al proselitismo y al empeño de imponer sus puntos de vista, respetuosa de las ideas ajenas como ella quería que se respetasen las suyas.

Intensamente religiosa, fue la negación de lo que suele llamarse beatería, y los franceses califican de Bondieuserie.

En asuntos de dogma ni vacilaba ni admitía discusión, ni sobre los Diez Mandamientos, ni sobre los de la Iglesia. Creía en la necesidad de la disciplina y en el respeto sincero y hondo de la Jerarquía, y en la sumisión sincera a la Santa Sede. Tuvo admiración fervorosa, devoción ilimitada por el señor Arzobispo Perdomo. Católica practicante, no tuvo nunca devociones rutinarias; comulgaba con frecuencia, los días que sentía el anhelo de hacerlo, y solo por imposibilidad absoluta dejaba de oír misa en los días de precepto. Su mayor alegría fue tener en su casa de Bogotá y en su quinta de Bizerta un oratorio, y una pequeña iglesia, que son joyas de buen gusto y que ella estudió, preparó, realizó, en años de esfuerzo personal, dirigiendo cada cosa, levantando podría decirse con sus manos altares preciosos con cuadros y decoraciones antiguas auténticas que conseguía poco a poco con paciencia infinita. Con mucha frecuencia se decían en ese oratorio y en esa iglesita misas que ella oía con fervor emocionante, y allí pasaba largos ratos, en un ambiente de misticismo puro.

Visitó cuatro o seis veces a Lourdes, que le llegaba al alma, y todos los lugares franciscanos de Italia, pero en pocas partes era tan intensa su emoción religiosa como en Asís, en la iglesita de San Damiano, en la sala donde expiró Santa Clara, en la tumba de San Francisco. Pasó una Semana Santa en Jerusalén, no como turista sino como una piadosa peregrina. Y en su última enfermedad, pudo comulgar casi todos los días, y asombrar al sacerdote que diariamente la visitaba y la encontraba siempre serena, contenta con todo, sin quejarse jamás, fervorosa, sin aspavientos, grave en su emocionada devoción, sonriente y agradecida de todos. “Esta señora es un ángel”, murmuraba conmovido el buen religioso.

* * *

Recordaba siempre Lorencita, con admiración nunca entibiada, un sermón que oyera en la Basílica de Vezelay, en una mañana de primavera. Era el predicador un dominicano francés —de esa orden gloriosa en que la oratoria sagrada encuentra sus más egregios exponentes—, y el tema era la obediencia del católico, que —decía el predicador—, no de-

be ser una sumisión pasiva, sino una aceptación cordial y sincera. Debe obedecer, explicaba, no en mecánico gesto de opaca rutina, sino considerando justo, bueno, oportuno, necesario, lo que se le manda. Al obedecer no debe hacerlo por mera disciplina, sino participando en lo que se le ordena, y solidarizándose con el mandato. Ello hace fecunda la obediencia y da vida y vigor a la Iglesia militante. Ello obliga al Superior a reflexionar hondamente antes de ejercer su autoridad, para que ese ejercicio sea un estímulo de la fe y un incentivo para el buen obrar. Así se traza el vínculo religioso entre las almas, entre los que mandan para bien y provecho de todos, y los que obedecen agradecidos y animosos, sintiendo que al hacerlo colaboran en una grande obra apostólica. Al terminar el breve y magistral sermón, Lorencita se dedicó, trepidante de entusiasmo, a escribir allí mismo lo que acababa de escuchar, para que no se le olvidara esa lección magnífica, y no la olvidó nunca en treinta años.

Desde muy pronto le tocó vivir en un ambiente saturado de política. Fue, niña de trece años, el hada madrina en la fundación de *El Tiempo*, y empezó su vida intelectual en los entusiasmos de la Unión Republicana, del Partido Republicano, con los cuales se confundió la vida de su egregio hermano Alfonso. Nacida en una familia del más auténtico conservatismo, con Alfonso y *El Tiempo*, y Eduardo Santos fue después republicana ardorosa, admiradora sin reservas de Carlos E. Restrepo y de su gobierno, amiga fiel desde entonces del ex-presidente Restrepo y de su familia.

Cuando más tarde se extinguió el Partido Republicano, y Eduardo Santos con su periódico se reintegró al Partido Liberal, Lorencita, como siempre, aceptó sin reservas esa decisión, aunque al principio con explicables nostalgias, que pronto se evaporaron. Resuelta siempre a hacer a fondo lo que hubiera que hacer, acompañó a su marido en su liberalismo sin vacilaciones, aunque por varios años la vida y muerte de Clarita la mantuvieron lejos de esos problemas. Pero llegó con el año 29 la candidatura y victoria de Enrique Olaya Herrera, y el país entero la vio con Olaya y con su marido, en las giras electorales, cordial y entusiasta, pero con inalterable actitud de señora animada por nobles ideales y consciente del papel que le correspondía. Siempre en su puesto,

con máximo decoro, colaborando en cuanto era preciso, infundiendo confianza alegre en la victoria, aborreciendo cuanto pareciera violencia o vulgaridad. Parecida a los ramos de flores que se le ofrecían en las etapas de las giras; asombrosa por una memoria casi fenomenal que le permitía retener todos los nombres, todas las fisonomías, todos los pequeños incidentes con exactitud infalible. Sin dar jamás señales de fatiga, o de impaciencia, sencilla y afectuosa iba dejando por doquier perdurable estela de simpatía y creando, sin saberlo, un ambiente más favorable y entusiasta que el que quisieran producir los mejores discursos.

* * *

Lorencita, para quien ninguna cosa que a su marido se refiriese era indiferente, lo acompañó en todas sus andanzas políticas, como sombra protectora y alegre, como soldado beligerante de su causa, pero en la Presidencia se esmeró con nimio esmero en evitar cuanto pudiera hacerla aparecer como parcializada; en alejarse de cuanto significase sectarismo. Quiso ser tan solo una gran colombiana, un símbolo vivo de cordialidad respetuosa para todos; *au dessus de la mêlée*, cualesquiera que fueran sus íntimos y callados sentimientos. Ese era el papel que para sí se asignó, y que desempeñó sin una sola excepción

Porque entre las cosas admirables de esta bella vida armoniosa, está su conducta cuando el libre voto popular llevó caudalosamente a su marido a la Primera Magistratura. Sin influencia de nadie, ni consultas, sola con su conciencia, resolvió que su deber único era dar al país una impresión de dignidad cordial en el puesto que le correspondía, servir discretamente, para obras de beneficencia, en cuanto estuviera a su alcance, y crear al Presidente un ambiente constante de calma y de confianza; brindarle un diario reposo, a donde no llegaran los estruendos y los problemas de la política, en donde fuera efectivo el descanso hogareño. Conocedora de su temperamento impetuoso, lo encerró bajo triple llave y jamás, jamás a lo largo de esos cuatro años intervino en ningún problema de Gobierno, ni conoció jamás de intrigas. Aprobaba

sistemáticamente cuanto ese su gobierno hacía. Quería, y lo logró, que su casa fuera el puerto tranquilo a donde no llegaran, sino en cuanto ello fuera inevitable, las preocupaciones oficiales. En donde se hablara de otra cosa, y las horas transcurrieran suave y plácidamente. Así en la Presidencia los esposos Santos, que solo por excepción y raras veces ocuparon el Palacio, llevaron en su casa privada la vida un tanto retirada que siempre les sedujo. Poquísimas fiestas, largos paseos a pie por las calles de Chapinero, idas frecuentes a vespertinas de cine, casi ninguna vida nocturna. Largas charlas íntimas sobre todo lo imaginable, oportunidades para que el Presidente pudiera satisfacer su tenaz manía de lector omnívoro; jamás radio, y ningún periódico distinto de El Tiempo, que la señora hojeaba distraídamente.

Quería Lorencita mantenerse lo más lejos posible de las tempestades de fuera; ser la vestal que tiene permanentemente encendida en el hogar una luz de paz, de inmenso cariño, de fe tranquila; que siempre estimula y conforta. Casi todas las semanas de esos cuatro años pasaron el week-end en Bizerta, a donde jamás fue un edecán y rarísima vez hombres políticos. Media docena de policías garantizaban la tranquilidad del Jefe del Estado, que casi todos los domingos hacía largos paseos a caballo frecuentemente con ella ("Mi mujer monta mucho mejor que yo", decía Eduardo, que era un buen jinete), y con el Jefe Monroy como única escolta. Ese era el día feliz de la semana. El que sin saber de quiénes se trataba hubiera pasado allí un rato, habría pensado que era solo un matrimonio feliz, con su pequeño núcleo de parientes o amigos íntimos, totalmente alejados de los azares de la vida pública. Si el Presidente se empeñó tanto por dar a la patria paz, tranquilidad, cordial convivencia, vida segura, fue indudablemente como reflejo de lo que a él le proporcionaba una esposa perfecta, que sencillamente tenía la intuición de las cosas grandes y las hacía casi sin darse cuenta, como cantan los ruiseñores.

Pero quien sí se daba cuenta era él. En un célebre reportaje publicado pocos días antes de salir del Gobierno, le preguntó, ya para cerrar su cuestionario, el periodista, que lo era Luis Enrique Osorio: "Señor Presidente, ¿usted podría decirme cuál piensa que haya sido el mejor de sus colabora-

dores?”. Y el Presidente, sin vacilar, contestó: “Creo que nadie se molestará si digo que, sin duda alguna, mi mujer”.

En alguna ocasión ofrecieron los Padres Salesianos un homenaje al Presidente y a su señora, y en él habló el doctor José Joaquín Casas, con su noble gracia característica. Y terminó así: “Si se tratase de reelegir al señor Presidente Santos, yo, a pesar de todo mi respeto y afecto por él, le digo que no figuraría entre los partidarios de su reelección. Pero si se tratase de reelegir a la señora de Santos, ¡ah!, esa es otra cosa. ¡Creo que sería la primera votación unánime en Colombia!...”.

Vox populi...

* * *

¡Qué admirable colaboradora a lo largo de toda una vida! La que busca, y acepta solo, el puesto de compañera discreta y eficaz; la que proclama sin cesar la fe y la plena confianza en su compañero y lo sigue, sin crearle problemas ni suscitar discusiones, y en la intimidad lo aconseja y lo sostiene. Muchas veces fue codirectora de *El Tiempo*, sin que nadie fuera de su marido lo sospechase, y lo leía con escrupulosa atención. Aunque a veces no estuviera de acuerdo —(¿y cómo no había de ocurrir eso en un ser de tan firme personalidad y tan amiga de reflexionar y observar?)—, jamás lo dejó conocer de los demás, porque, decía gentilmente, no aceptaba sino “el frente unido” y le habría inspirado horror el que alguien pensara que ella quería llevar la voz cantante, contentándose con que en el corazón de su compañero esa voz resonase, clara y segura. El le consultaba con frecuencia muchas cosas, y en múltiples ocasiones le oyó observaciones atinadas, exactas, sugeridas levemente. Y de qué no hablarían a solas, en conversaciones en que ella tantas cosas buenas sugería, o insinuaba pero en que con su infalible tacto se empeñaba sobre todo en estimular, en dar confianza; en transmitir la que ella tenía en el éxito que sentía merecido, en disipar la amargura inevitable de ciertos momentos, para evitar que ello pudiese perturbar la diaria labor.

Se burlaba mucho de la asiduidad oficinesca del Presidente. “A los veinte años de casados vine a descubrir que lo

que mi marido es, es un empleado modelo", decía, pero desde un principio puso un veto rotundo al trabajo nocturno, a que se llevaran a la casa expedientes o papeles que no fueran urgentísimos e inaplazables.

¿Para qué recordar lo que fue el aspecto social de su Presidencia, obra exclusiva de Lorencita, que no cesó de preocuparse porque todo en Palacio fuese elegante y decoroso, por presentar bien a Colombia cada vez que ello fuera necesario u oportuno? De cómo lo logró hay miles de testigos. Pero otra época hubo, la de la lucha en Ginebra por Leticia, que ella y él recordaban con más placer y orgullo que cualquiera otra. Entonces, ¡qué colaboración de todos los minutos!

El doctor Santos asumió la defensa de los derechos de Colombia, respaldado por la confianza ilímite del Presidente Olaya, prácticamente solo, sin asesores ni consejeros. Tuvo siempre la ayuda preciosa de Angel María Céspedes, alto empleado de la Sociedad de las Naciones y la cooperación permanente de Lorencita, que con Angel María y Leonor Céspedes, Ernesto Gaviria y una o dos mecanógrafas, pasaban las horas traduciendo y cifrando cables, trabajando en los mil pequeños y grandes aspectos de tan magna labor. Pronto comprendió Lorencita que la clave del Ministerio de Relaciones era sencillísima (un poco infantil, a decir verdad) y aprovechando de su fenomenal memoria se la aprendió en pocos días y ya, sin necesidad de tenerla a mano, traducía y cifraba cables con rapidez pasmosa. A veces, en las sesiones del Consejo, a las que asistía siempre ocupando un puesto donde pudiera ver a su marido y ser vista de él, llegaban cables cifrados y allí mismo los traducía, se los hacía pasar, cifraba la respuesta y la hacía despachar. Siempre sonriente y entusiasta, siempre animosa, infundiendo a todos una fe vibrante en el éxito, procurando que nada pasase inadvertido, alerta y vigilante y dando a su marido una sensación de seguridad permanente sin la cual aquello no habría sido lo que fue.

Y contaba Ernesto Gaviria cómo el día en que llegó, en junio del 34, la noticia de que todo había terminado como se había previsto y establecido y procurado en Ginebra; que se había firmado el Protocolo de Río y se retiraba al vencerse el año pactado, la Comisión de la Liga de las Naciones que administraba a Leticia y quedaba plena y totalmente resta-

blecida la soberanía de la Patria en la frontera amazónica, y asegurada la paz y triunfante el derecho, lloró Lorencita de orgullo y de emoción, al ver logrado cuanto en esos largos meses ginebrinos se había buscado con tan noble afán y corrió a enviar a su marido, con tarjeta de ella y de Clarita Santos, un inmenso ramo de rosas... ¿Podría encontrarse mejor recompensa para ningún esfuerzo humano?

* * *

Lo que pudiera llamarse su época de entusiasmo liberal llegó con la hora del infortunio para su partido. Como una pena personal le dolió la caída absurda; la veterana de los días gloriosos del año 30 no se consolaba de las insensateces imperdonables de 1946. En los años que siguieron estuvo siempre, con decisión creciente, al lado de sus perseguidos copartidarios, y compartió todos sus dolores y todas sus indignaciones. Deseaba y pedía permanecer en el país, pero ya empezaba la tremenda amenaza del mal que acabó por vencerla y que milagrosamente la ciencia y el amor, la solicitud incesante y la atención de todas las horas lograra detener y controlar hasta dejarle aún diez años de vida.

La decisión de los médicos era categórica: tenía que alejarse de toda fatiga, de cuanto implicara choques emocionales o agitación constante; debía mantenerse en un medio apacible, a orillas del mar, con un máximo de tranquilidad y reposo. A eso se debía la casi constante ausencia, que a ambos tanto dolía, pero que era indispensable. En las breves venidas a Bogotá siempre se vio el efecto nocivo del cambio de vida; siempre se hizo sentir el consejo, la súplica casi, del médico para que volviesen cuanto antes al medio propicio para defender tan precaria salud. Pero ella, mucho más exaltada en esa época que su marido —en quien la preocupación dolorosa por el atroz peligro que rondaba su hogar era obsesionante— se dolía de no estar en la buena pelea, al lado de sus amigos, fervorosamente hostil a toda tiranía.

Era un alma beligerante en toda lucha generosa. Fue sin un día de vacilación, amiga fiel de los republicanos españoles, y en el exterior, y aquí, fueron las damas de la emigra-

ción forzosa, que en todas partes son símbolo nobilísimo de dignidad indomable, sus dilectas amigas. Las quería y las admiraba en su laboriosa pobreza, manto de insuperable decoro, y se sentía orgullosa de su compañía. Como en Colombia se sentía entrañablemente vinculada a los que tenían hambre y sed de paz, de libertad y de justicia y estaban privados de esos bienes por la arbitrariedad imperante. Y cuando veía a la Jerarquía católica, que tanto representaba para ella, enfrentarse a las tiranías, sentía un gozo entusiasta. Una de sus últimas satisfacciones fue la Pastoral del Episcopado Dominicano contra el Trujillismo, que se hizo leer varias veces, y la llenaba de inmediatas esperanzas. Nada despertó en ella tanto entusiasmo como el glorioso movimiento del 10 mayo de 1957, cuando resucitaron en Colombia el derecho y la dignidad, y desde entonces hasta su último día fue fervoramente adicta al Frente Nacional, al Presidente Lleras, a los ideales de una Patria Nueva que ellos encarnan.

* * *

Siempre elegante y refinada, mimada por la suerte que le dió cuanto en lo material hubiera podido soñar, se sentía demócrata de corazón, muy cerca de su pueblo, de las gentes sencillas, de los campesinos (había nacido, el 5 de octubre de 1898, en una pequeña hacienda de su padre "El Paisaje", en el corregimiento de Dos Quebradas, del municipio de Santa Rosa de Cabal), y decía graciosamente: "Al fin y al cabo yo no soy sino una montañera...". Cuánto la habrán emocionado, en el más allá, donde todo se ve, las innumerables manifestaciones de duelo y afecto de gentes que apenas si la vieron de lejos, o sólo oyeron hablar de ella; de centenares de comités y directorios municipales de pueblos por donde alguna vez pasó fugazmente, o que ni siquiera conoció. A todos había querido en múltiples ocasiones envolver en una red de afecto solidario, de íntima y cristiana comunión de sentimientos, sin odios para nadie, con amor para todos, con ternura permanente por los débiles, por los que sufren, por los olvidados.

Intérprete fiel de los millones de colombianas que se sienten liberales y católicas, y no pueden ver, porque no existe

entre nosotros, la oposición que entre esos sentimientos hondos pretenden crear aviesos intereses, le dolía con dolor casi físico, el que hubiera quienes, imperdonablemente, pretendieran establecer inadmisibles discriminaciones; que por servir a un bando olvidasen las conveniencias supremas de su Iglesia y ahondaran divisiones mortales para la Patria, que tiene en su unión religiosa el mayor factor de bien y de vida. Cada vez que conocía una declaración de los Pontífices romanos, o de egregios prelados, contra la explotación del sentimiento religioso con fines partidaristas, contra la parcialización de algunos miembros del clero en luchas meramente banderizas, se llenaba de júbilo, porque así sentía fortalecerse en su conciencia de católica irrevocable, tesis con que las posiciones que ocupó su marido la mantuvieron en constante contacto.

* * *

¿Podrían estos leves datos sobre tan seductora personalidad dar la impresión que se desprendía, por ejemplo, de un discurso para cuantos lo oyeron inolvidable y que ella escuchó estupefacta? Se lo dirigió en el sur de Colombia un alcalde que jamás la había visto y que principiaba su arenga exclamando con voz campanuda: "Me presento ante vos, ¡oh imponente matrona...!".

Nada sería más falso. En Lorencita todo era sencillez, ausencia absoluta de pose, suave discreción. Jamás una frase retórica, ni actitudes de bachillera. Sabía como nadie escuchar, y callar; nunca quiso hacerse valer, ni darse importancia. "Lo que más le gusta a la gente es hablar, decía, y hay que darle gusto". Ella oía (si valía la pena), y sonreía.

Conocía medio mundo y había viajado lentamente, tratando de verlo y apreciarlo todo, volviendo una y otra vez a los mismos lugares, con horror a las rápidas giras en que nada se aprecia, pero rara vez hablaba de sus viajes, de lo que tan a fondo había conocido. Una anécdota típica la describe exactamente: En alguna ocasión ella y su marido ofrecieron un almuerzo en un restaurante del Bosque en París a Gabriela Mistral y a Maximiliano Grillo, quienes pronto se enzarzaron en una polémica ardorosa sobre don Andrés Bello.

Gabriela con ferocidad le negaba todo título de poeta y Grillo lo defendía escandalizado y dolido. La polémica se generalizó sobre temas literarios, en que la insigne poetisa tenía puntos de vista contrarios a los que sostenía nuestro egregio compatriota. Al día siguiente, Gabriela escribió una carta al doctor Santos sobre cualquier cosa, que terminaba: "Cariñosos recuerdos a su señora, tan linda y tan callada...". Y cuando Eduardo refería eso, observaba Lorencita, graciosamente: "¡Yo qué me iba a meter en esa pelea de académicos...!".

Uno de los males del siglo, el snobismo, no la rozó siquiera. La vida mundana era una carga que difícilmente soportaba, y de la que en sus últimos años se emancipó casi totalmente. Confesaba sin rubor que los grandes conciertos de música clásica le producían sueño invencible, pero, arrogada y sin olvidarlo nunca, asistió al prodigioso festival wagneriano que bajo la dirección de Furtwangler dio la Filarmónica de Berlín en la Grande Opera de París. Instaló en su casa de París una radiola de alta fidelidad y le encantaba oír, por quince o veinte minutos, discos minuciosamente escogidos. Sentía tenaz antipatía por tangos y boleros, que acusaba de insoportable melosidad.

Había visitado repetidamente y con atención perpicaz innumerables museos y conocía a fondo muchos de ellos, pero le inspiraba el llamado arte moderno una antipatía casi cómica por lo vehemente. En alguna ocasión le tocó almorzar en un pequeño grupo íntimo, en casa de la dignísima viuda del historiador Julio Mancini, con el eminente crítico de arte Bernard Berenson, que estaba de paso en París. La señora de casa le preguntó si había visitado muchas exposiciones, y Berenson enfáticamente le contestó: "Ninguna, Marie Rose, ninguna. Yo creo y reconozco que Picasso es un genio excepcional, extraordinario, pero un genio que mató la pintura y la escultura. Lo que hoy se hace es otra cosa y debieran buscarle otro nombre". Y desde ese día, Lorencita, muy amiga del principio de autoridad, se sintió fortalecida y respaldada en su tenaz aversión.

Le encantaba el teatro y quizás no hubo pieza francesa en los últimos diez años que no viera. No era gran lectora de libros, pero tenía algunos favoritos, y ya en el hospital leyó lentamente y con fruición la vida de Fleming, el descubridor

de la penicilina, por André Maurois. "Hombres como ese son los que debieran estar bajo la cúpula de los Inválidos, y no los Napoleones", decía. Sentía un incurable desvío por las novelas; le agradaba mucho oír recitar versos, pero no leerlos. En cambio, era gran lectora de periódicos y revistas y se enteraba minuciosamente de cuanto ocurría en el mundo, siempre con interés un tanto beligerante.

Había asistido con su marido a muchos debates electorales en Europa y en los Estados Unidos, por interés de ver cómo se desarrollaban; rápidamente, pero razonando su decisión, se afiliaba a algún bando y terminaba interesándose activamente en los resultados, con ímpetu comunicativo.

Para ella parecía haberse hecho aquella célebre frase de que nada de lo que fuera humano le era ajeno, pero con el espíritu de Ariel volaba sobre las cosas, sin gravedad doctoral ni asomo de pedantería, sin dárselas jamás de intelectual, con sutil intuición de todo, con ardiente curiosidad de ver, de conocer, de aprender, al lado de su marido y con su marido, pero con el horror de figurar ante los demás. Ni sombra de petulancia en sus actitudes, ni la mínima presunción. Inteligentísima, observaba cuanto en torno suyo ocurría con atención infatigable, pero la más de las veces silenciosa, y sin pretender jamás dar lecciones a nadie.

En realidad, no le gustaba brillar sino en la intimidad de su hogar, que era su amada e inexpugnable fortaleza. Y por eso, por ejemplo, no quiso jugar bridge, ni canasta, ni frecuentó los clubes, ni fue nunca intensa su vida social. Reservada por naturaleza, lo disimulaba con su permanente amabilidad, pero solo los raros que penetraron en la intimidad de ese hogar pudieron darse cuenta de cuán vigorosa era la vida interior de Lorencita y cuán inmensa su influencia sobre su círculo íntimo, sobre su marido, tanto más grande cuanto que ella se empeñaba tenazmente en ocultarla y en aparecer siempre en segundo plano.

* * *

¿Sus gustos? Una cosa la pinta bien: su lugar predilecto en Europa no fueron nunca las playas de moda, ni los grandes centros mundanos, sino una minúscula isla en el Lago

Mayor, la Isola dei Pescatori, frente a Stresa y la Isola Bella. Esta última recibe el choque macizo del turismo internacional; la de Los Pescadores, a dos o tres kilómetros, es una verdadera isla de pescadores, de cuatro cuadras de largo por una de ancho, con un modesto y delicioso hotel, en donde se la quería como a persona de la familia, una iglesia del Siglo XVIII, pequeña y admirablemente cuidada, donde quince o veinte viejecitas rezan todas las tardes un Rosario, al que nunca faltaba.

Allí conocía a todo el mundo y todos la conocían; los barcos repletos de turistas pasan de largo, dejando solo pocos curiosos, y todo en el lugar es tranquilo, con el lago en torno, de una belleza radiante. Uno de los rincones más adorables de la tierra.

Allí iba todos los años, a pasar dos o tres semanas, lejos de todo mundanal ruido, amiga de las señoras del hotel, interesada en la suerte de gentes sencillas que se encantaban con "la signora americana", haciendo excursiones a los lugares cercanos, al Lago de Orta, a los maravillosos jardines de Pallanza, a la Isola Madre, pero, sobre todo, estándose quieta en su Isla, que se recorría en cinco minutos, y desde la cual por todos lados se veía la belleza perfecta y pura. A su marido, que a veces iba a Stresa y a Milán a buscar libros, le decía: "¿Para qué? Aquí no hay necesidad de leer: basta con mirar".

El lujo la dejaba indiferente: nunca la atraieron las joyas y tuvo muy pocas que valieran la pena. En cambio, femenina hasta la punta de las uñas, le encantaba vestirse bien, siempre de negro, y de grandes casas, pero sin someterse a la moda, con gustos personales netos. La auténtica elegancia en que nada hubiera de exagerado, sin adornos ni extravagancias. Se ceñía a la norma de alguien que al oírse felicitar por lo bien vestida que estaba, decía: "No será tanto cuando usted lo nota". Sobria elegancia señorial; cuidadoso esmero, presentación impecable, pero con el sello de discreción que tenían todos sus actos. Desde 1926 vistió de negro y nunca volvió a bailar desde entonces. Creo que nadie la vio nunca desarreglada ni a la verdad le gustaba la gente descuidada en el vestir, como, sin mengua de su sencilla cordia-

lidad permanente, no gustaba de familiaridades abusivas, en que suele perderse de vista la cortesía a que ella quería ceñirse sin excepciones.

De su educación familiar, de su medio de niñez, conservó un fondo puritano, que se empeñaba en no dejar ver, pero que era inequívoco y hasta un tanto imperioso. Tenía horror de las conversaciones demasiado libres, de los cuentos verdes, de las expresiones crudas. A alguien que amistosamente le criticaba su intolerancia en esas materias, le repuso, entre risueña y seria: "No se le oíde que yo tengo tres hermanas monjas. .". Pero eso era parte de ese medio de decoro integral en el cual quiso vivir siempre y que le era consubstancial.

Su exquisito buen gusto no lo aprendió en ninguna parte. Era en ella innato, y se basaba en la nota personalísima, en la sencilla sobriedad, en la pasión por lo auténtico. Así arregló su casa de Bogotá, poco a poco, cambiando cada año algo, hasta que al fin de la primitiva no quedaba ni una pared. Lo mismo hizo en Bizerta. Sus dos capillas, verdaderas joyas de arte, fueron paciente obra suya de años, amorosamente adelantada. Ningún placer le habría causado el que le regalasen casas espléndidamente montadas y listas, en la ciudad o en el campo. Ocho años vivió en París en un pequeño departamento alquilado, amoblado, que tiene, decía ella, las más bellas ventanas de París y del mundo. Ventanas sobre la Avenida del Bosque, sobre inmensos árboles, sobre prados perfectos. Los muebles eran insignificantes y los cuadros realmente feos. Poco a poco los fue cambiando, hizo llevar de su casa de Bogotá cuadros, retratos, imágenes de Vásquez y cambió los muebles principales, y todo eso tomó un aspecto encantador, íntimo, netamente colombiano. A todo le iba poniendo su sello personal. En el Memorial Hospital, al entrar un médico y ver el cuarto lleno de flores, de retratos, de libros, le dijo: "Esto no parece cuarto de hospital", y ella repuso: "No, doctor: *this is my home*. .!" Y tenía realmente todo eso un aspecto de hogar.

Ella, en realidad, quería y necesitaba "hacer sus cosas", poco a poco; desarrollar planes que lentamente maduraba.

Bizerta en un principio era un pantano, y ella en treinta años creó allí jardines deliciosos, en los que trabajaba

personalmente. Porque en el fondo fue esa su gran pasión estética: jardines, flores, rosales, orquídeas, prados. Nada le placía tanto como visitar jardines, en todas partes, y lo hacía por horas y horas, observando todos los detalles. Sin vacilar decía que el espectáculo más bello que habían visto sus ojos eran las Floralias de Gante, maravilloso certamen de flores de todas partes, arregladas con arte infinito y con esplendidez deslumbradora.

* * *

De lo que en los campos de la caridad y la beneficencia fue la obra de Lorencita, del sentimiento que la inspiró y de sus preciosas características, podría hablarse interminablemente porque fue esa la más constante de sus actividades, permanentemente esquivas a la publicidad.

En eso, ella, como en todo, necesitaba un cálido toque humano. No la simple ejecución fría y lejana de obras de alcance social técnicamente realizadas. Si hubiera sido una de esas millonarias que pueden disponer a su arbitrio de sumas cuantiosas, pero se le impusiera la condición de realizar desde lejos, con fríos envíos de enormes cheques, obras importantes en cuya realización no participara, lo habría hecho, pero no hubiera derivado de esa simple remisión de dineros por indiferentes vías administrativas, la satisfacción espiritual que le producía el esfuerzo personal directo, el poder consagrarse a una labor, pequeña o grande, pero a la cual se dedicaba con intenso entusiasmo. Ponía en todas esas cosas una gran dosis de amor, un vivo anhelo de servir, algo como la necesidad de pagar personalmente una deuda, ella que de nada carecía, a quienes de tanto necesitaban.

No podría decirse que fuera lo que generalmente se tiene por "persona bondadosa", en el sentido que suele darse a esa palabra, de benevolencia sistemática, indiscriminada y un tanto superficial, de indulgencia, deliberada, de propensión a la sensiblería, mal de que no padeció nunca. Era, si, una persona fundamentalmente buena, ilimitadamente generosa, a quien ningún sufrimiento cierto dejaba indiferente y que ansiaba remediar males evidentes con esfuerzos serios,

reflexivos, justos. No le satisfacía la simple limosna, que tantas veces se da por salir del paso, ni las obras concebidas en un momento de exaltación y realizadas a la ligera. Había en esa personita de apariencia frágil, tan linda y elegante, tan juguetonamente alegre, un raro fondo de seriedad, un vigoroso deseo de hacer bien las cosas, de no limitarse a lo superficial y transitorio, de ir más allá de las apariencias.

Yo vi nacer el Hospital de Santa Clara, y ese es un caso que define exactamente la íntima personalidad de Lorencita. Invitado ese día a almorzar con los esposos Santos, estaba con el Presidente cuando ella llegó. Nunca la vi más emocionada. Venía de visitar los pabellones de los tuberculosos, hombres y mujeres, en el Hospital de San Juan de Dios, pabellones que estaban realmente en deplorable estado, y desbordaba su alma de indignación y de pesar. Con los ojos llenos de lágrimas decía a su marido: "¡Eso no puede continuar así! ¡Dios nos va a castigar a todos si no lo remediamos! ¡Yo no podré volver a dormir tranquila si esa atrocidad no termina!". En términos patéticos refería lo que había visto y agregaba: "Yo no he pedido nada, yo no quiero nada, pero esto sí, ¡esto sí...!". El Presidente, hondamente conmovido, le aseguró que ese mismo día se principiaría el esfuerzo por realizar pronto lo que debiera hacerse. Y no se habló en el almuerzo de otra cosa que de proyectos y planes para el hospital.

Pocas horas después ya había el Presidente hablado con los ministros que en ello debían intervenir y se ponía en marcha el trabajo necesario, que Lorencita seguía con amoroso entusiasmo, sin interferir jamás en lo que tan acertadamente hacían los directores de la obra. Personalmente fue a informar a los enfermos de lo que se había conseguido y los tenía al corriente de la marcha de la obra, y personalmente cooperó al traslado e instalación de los enfermos, a la organización del hospital, por el cual desde el día en que nació de sus lágrimas hasta aquel en que gracias a la admirable actividad oficial, quedó ya en pleno funcionamiento, no dejó de preocuparse un solo día. De todo ello podría hablar el doctor Carlos Arboleda Díaz, quien más cerca que nadie vio esa actuación ejemplar.

Una tarde cualquiera manifestó a su asombrado marido que no creía justo que ella no fuera a visitar a los enfermos

de Agua de Dios, a llevarles un saludo del Gobierno, a ver de cerca su situación y a hacerles sentir que en alto de las esferas oficiales se pensaba en ellos y se les tenía en cuenta. Y cuando esto dijo, ya había estudiado todos los aspectos del viaje lo que debería hacer, las personas que iban a acompañarla. Algún médico amable le dijo que le parecía muy bien que fuera unos momentos a hacer un rápido recorrido cordial, y le repuso: "¡Ah, no! Yo a vuelta de plaza no voy. Voy a visitar a los enfermos y a ir a los hospitales, y a hacer cuanto se deba hacer!". Y así lo hizo, sin la menor nerviosidad, amable y sonriente con todos sin dar ni por un minuto la menor sensación de inquietud. Llena de alegría por cumplir así un deber de Primera Dama y de mujer cristiana, incapaz de cerrar los ojos y volver la espalda a grandes dolores y duras penas inmerecidas. Y por cierto decía que lo que la había inducido a ese santo viaje era el ejemplo que por tantos años, con inexhausta caridad, daba doña Ana Vásquez de Carrasquilla, insigne dama, a quien profesaba la más cariñosa admiración.

Era natural que se interesase siempre por las instituciones del Buen Pastor y de las Hermanitas de los Pobres, porque entre esas religiosas se contaban tres de sus hermanas, pero no fue menor el interés que tuvo por muchísimas otras, por las ciegas y sordomudas del Instituto de La Sabiduría, que quizás fueron sus preferidas, por el Hospital Clarita Santos de Santa Rosa de Caba!, por el pabellón del Hospital de San Vicente de Paúl de Medellín que lleva el mismo nombre, y por las obras de las Hermanas Vicentinas y de las Misioneras, y por la Cruz Roja, y las obras creadas y sostenidas por la madre Margarita Fonseca, por quien sentía no solo vivo afecto sino admiración y veneración sin límites, considerándola —con razón— como la mujer más importante que haya producido Colombia, en todo sentido.

Ayudaba a cuantas entidades podía, y con lo que podía, poco o mucho, pero agregando a lo que d'era un poco del propio corazón. Sería inútil y hasta imposible citarlas todas: quizás en todas ellas perdurará su dulce recuerdo.

Fundadora de la Liga Antituberculosa Colombiana, y su Presidenta por varios años, le consagró lo mejor de su tiempo

y trabajaba sin cesar por extender la Liga en todo el país, por mejorar su acción, con actividad cotidiana tesonera, secundada maravillosamente por núcleos de meritisimas damas que de ella recibían el cordial impulso y a quienes se asociaba con incansable gentileza, tratando de que la Liga fuera una especie de gran familia colombiana dedicada a combatir y prevenir el horrendo mal, sin deducir de tan intenso y noble empeño cosa distinta del placer que produce el bien obrar. Y vio siempre con placer inmenso cómo sus sucesoras al frente de la LAC han sabido desarrollar, intensificar y perfeccionar la obra que tan cara le fue y tan necesaria sigue siendo.

Pero quizás en lo que puso mayor empeño fue en el Hospital Infantil de Bogotá, que fundó con un legado de la familia Copete de la Torre. Desde el día de la fundación, en 1939, hasta el último de su vida, no cesó de pensar en esa obra, que desde un principio concibió de grandes proporciones. Tuvo siempre el consejo insuperable de Camilo Sáenz, del doctor José Vicente Huertas, de otros muchos, y ningún gobierno dejó de cooperar en la realización de lo que pronto estará concluido y será el mayor, más moderno y mejor dotado de los hospitales para niños que Colombia haya conocido.

De cerca o de lejos se preocupaba por cuanto al hospital se refiriese, ayudaba en cuanto le era posible, intervenía gentilmente, como Presidenta de la junta directiva, con suave modestia y constancia incansable, en cuanto le pareciera oportuno, sin tratar nunca de salir de su papel de animadora y de mantenedora de la confianza, insistiendo en que se hiciera algo grande, algo digno de la niñez desvalida, de la caridad colombiana, del prestigio de nuestro cuerpo médico y de nuestras instituciones hospitalarias. Una de sus últimas satisfacciones, poco días antes de morir, fue una larga carta en que Camilo Sáenz le contaba los progresos del hospital, la buena y rápida marcha de los trabajos que asegurarían en breve la terminación final de todo lo proyectado. Varias veces se hacía leer esa carta, comentaba cada párrafo y allá en las profundidades de su alma entusiasmada, debía decirse muy pasito: "Nunc dimittis...". "Nunc dimittis...".

Ponía Lorencita siempre algo de su corazón, desbordante de ternura, en esas obras de misericordia. En las que se conocen y en las que nadie conoce. De no pocas guardó a todos el secreto. No le bastaba el auxilio material: necesitaba dar algo de sí misma. Quien no la vio al lado de un enfermo querido no sabrá lo que es la consagración sin límites, el divino celo para aliviar la pena ajena, el esmero infinito por rodear de cariño, de confianza, de esperanza, al que poco a poco perdía sus fuerzas y se acercaba al duro final, que ella trataba de hacer dulce y tranquilo. Así estuvo, por más de tres meses, a la cabecera de la madre de Eduardo Santos, de Polita, como ella decía. La asistió en forma conmovedora, sin apartarse de ella ni una hora, sin admitir nunca el concurso de enfermeras. Pronta a todo, con cariño inmenso, con tacto perfecto, con resistencia física prodigiosa. "Yo que siempre me dolí de haber perdido a mis dos hijas a los pocos meses de nacidas, ahora tengo —decía Polita— la mejor de las hijas en que hubiera podido soñar". Y así lo fue, y así fue con su hermano Alfonso, y con su hermana Leonor (la Madre San Juan).

Para cuidar a los seres queridos se unían en ella la ternura y la serenidad, la suavidad máxima y el esmero en la atención médica. Dios le había concedido el dón de eliminar en torno suyo, aún en esas horas de suprema angustia, el aspecto lúgubre, el tono dramático, la escena estridente. Creaba un ambiente sereno y apacible intensamente cariñoso dentro de una silenciosa veneración. Y no se crea que estas cualidades fueron solo con su familia, a la que tanto amara, o con sus amigas, que entrañablemente quiso. Era así, cada vez que podía, con cuantos sufrían. En el Hospital de Caridad de Bogotá solía visitar a la anciana madre de Pablito Acosta (uno de los jardineros de Bizerta), que moría de mal irremediable, y como algún día la pobre campesina se quejase de frío en los pies, trataba de calentárselos con sus manos de tan rara belleza. Y en los asilos de niños enfermos, y en las escuelas, ¡qué río de clara ternura salía de su corazón cariñoso, de sus miradas y sonrisas llenas de interés y de emocionado afecto...!

En varios de los numerosos artículos que se le han dedicado, he visto que se repite una frase: "ser excepcional". Des-

pués de haberla visto vivir por tantos años, tengo la perfecta convicción de que lo era. Discretamente, como todo lo suyo, pero en forma auténtica. Su belleza, que conservó hasta el fin, fina belleza de Tanagra, hecha de perfección de rasgos, con su perfil de medalla griega; su innata elegancia, sus ojos vivos, casi siempre alegres y juguetones, infinitamente melancólicos en los días de los grandes dolores, expresivos como muy pocos; su boca perfecta, su manos de archiduquesa. No fue nunca lo que suele llamarse una mujer hermosa. Era una linda princesa de cuento de hadas, que no perdió jamás cierto aire infantil; que no tuvo gestos amanerados, ni rebuscamientos vanidosos, ni actitudes orgullosas. Nadie hubiera podido creer, al verla, en su última permanencia en Bogotá, que tenía ya más de sesenta años. No pudo rozaría siquiera la torpe ala de la vejez ni la enfermedad alterar sus puros rasgos de Madonna.

Cuentan quienes en los últimos tiempos la vieron, cómo la enfermedad no hizo sino acentuar los mejores aspectos de su personalidad. El mal, controlado tan felizmente y con tan infinitos cuidados, por cerca de nueve años, desde julio pasado principió a extenderse implacablemente. Los remedios que antes eran eficaces, empezaron a mostrarse inútiles, y comenzó a perderse la larga batalla. ¿Lo sintió ella así? Nadie podrá saberlo nunca, porque en su prodigioso estoicismo no decía palabra alguna que pudiera crear ambiente de zozobra. Al contrario. Con valor centuplicado e inalterable sostenía que sus dolores eran cosa poco importante; se declaraba cada vez mejor, sometiéndose con sonrisa alegre a todos los tratamientos. En los tres meses y medio de hospital, todo lo encontraba perfecto y tenía la coquetería permanente de hacer planes "para cuando salgamos de aquí". Declaraba sin cesar que la permanencia en el hospital era un grande acierto, porque así todo se iba a arreglar mejor; se esmeraba en hacer cuidadosamente cuanto los médicos ordenaban o aconsejaban, sin reclamar nada, sin quejarse nunca.

Con su dón de atraerse las volutades, era realmente popular en el hospital por su gentileza constante, su alegre resignación, su aire encantador. Entre cuantos allí la cuidaron con infatigable celo y cariño creciente, no podría jamás olvidarse a su médico de tantos años, el doctor Wild, ni a su

amiga americana, Margarita Thompson, que desde los días de la UNRRA, en que fue secretaria de la misión que presidida por el doctor Santos acompañado como siempre por su señora, visitó la América Latina, concibió por ella un afecto sin límites y se dedicó en los últimos meses a satisfacer todos sus deseos, a atender las mil cosas que a ella se le ocurrían, a ayudarle en todo, con una fina delicadeza y un tacto que no dejó a Lorencita sospechar que hubiera algo alarmante en tan constante consagración.

Y así, a despecho de esfuerzos innumerables, fue avanzando el mal implacable, sin que ella dejase nunca ver que se daba cuenta, sin perder el buen humor, comulgando cada día con fervor, y cada día más tranquila y serena. Su única solicitud en las últimas dos semanas, en que su marido —que en esos tres meses y medio vivió con ella en el hospital—, no salió de su cuarto de enferma, era que estuviera siempre muy cerquita y que conversaran de todo y de nada, que le leyera las cartas de Colombia, que recordaran juntos ciertas épocas interesantes. Y al fin, a las tres de la tarde de un día, sin escena, sin un instante siquiera de agonía sola en brazos de su marido, conversando los dos apaciblemente, en plena lucidez, se quedó dormida, como una niña chiquita, sin un estremecimiento, sin un gesto, con dulzura infinita. Al sentirla tan inmóvil, su marido llamó a la enfermera para que hiciera entrar al médico. Un minuto después la examinaba y en voz baja murmuró: "Now she is on the other side. . ." Y salió en punta de pies, con la enfermera, para no interrumpir ese diálogo que continuaba, y continúa. . . .

* * *

¿Cuáles eran las cualidades esenciales de Lorencita? ¿En dónde estaba la clave íntima de su personalidad? Me atrevo a afirmar que era, ante todo y sobre todo, un alma leal, fiel, sincera, valerosa. Se entregaba en cuerpo y alma, una vez por todas, y quería servir, y sentía como propio el dolor ajeno, y tuvo un alto y purísimo sentimiento del decoro. Trató siempre de devolverle a la vida lo que la vida le había dado, y de hacer a quienes la rodeaban gratas y amables las horas. Conservó hasta el fin, a pesar de años y de males, juventud

de alma y de cuerpo, y como la recompensa que ella hubiera pedido, si se lo hubieran preguntado, pudo ver en los últimos años cómo el amor que siempre la había acompañado devotamente, crecía en torno suyo, y se intensificaba cada día, inmenso e inextinguible.

Para ella parecían escritos dos divinos versos de Víctor Hugo:

*“Le ciel mettait dans ses prunelles
ce regard qui jamais ne ment”.*

Esas miradas tuyas tan expresivas, siempre vivaces, alegres o tristes, melancólicas o regocijadas, curiosas, intensas, serias frías, amables, serenas, graves, dulces, juguetonas, amorosas, que nunca mintieron!..

Al leer Lorencita muchas de las cosas que hoy digo de sus méritos y de sus obras y de su vida, me parece oír su risa alegre y sus palabras: “Esas son exageraciones y cuentos de Eduardo. ¡Yo qué iba a ser nada de eso!!!”. Pero Dios sabe que eso es apenas parte de la verdad, de una verdad todavía mucho más grande y mucho más hermosa.

Eduardo Santos

(De “Lecturas Dominicales ” de “El Tiempo”, abril 7 de 1974).

PROLOGO

Al libro "Rafael Núñez" de Indalecio Liévano Aguirre

Cuando hace dos meses conocí en sus originales la vida de Rafael Núñez, escrita por Indalecio Liévano Aguirre, y gentilmente me pidió él que prologara su primera obra, no vacilé en acceder a su solicitud porque me inspiraba viva simpatía y no poca admiración ese magistral esfuerzo.

Vinieron luego viajes imprevistos, hondas crisis políticas todavía más imprevistas, y en todo eso ha fracasado casi mi deseo de complacer a Indalecio Liévano. No me era ya posible escribir, como lo hubiera querido, un estudio reposado sobre su obra pero como él insistiera en su amable deseo de que mi nombre figurase al lado del suyo en esta su primera salida a los campos de la crítica histórica, ahí van estas líneas apresuradas, cuyo principal valor quizás estará en que no demoren demasiado al lector ansioso de conocer una nueva interpretación de la vida y la obra del doctor Núñez.

La obra de Liévano Aguirre tiene ante todo, para mí, un valor extraordinario como ejemplo para la nueva generación. Sin ánimo de molestarla, debo confesar que una de las cosas que más preocupan en ella es su poca voluntad para el arduo empeño, su afición a las cosas superficiales y transitorias. Su agitación parece más que todo epidérmica y revela una inquietante tendencia a traducirse en el esfuerzo de corto alcance y de muy ligera penetración; en el breve artículo improvisado, cuando no en el discurso más improvisado todavía; en su desvío por la tarea reflexiva y paciente que impone una larga labor Liévano Aguirre ha desechado esos caminos fáciles. Con noble y audaz ambición se ha lanzado al libro y a la presentación de vigorosas ideas nuevas, sin amedrentarse por la tempestad de críticas que ello pueda suscitar. Desde su punto de vista li-

beral ha querido revisar todo un criterio liberal de medio siglo para juzgar al hombre más discutido y más aborrecido en las filas del liberalismo. Y ha hecho todo esto con un espléndido sentido literario, con cualidades auténticas de escritor nato, que se revelan de modo sorprendente en páginas que tienen brillo excepcional. Ha evitado el escollo de la erudición excesiva y el de la retórica aparatosa y nos presenta un libro de recia arquitectura en que los defectos inevitables a un primer ensayo están más que compensados por méritos incontestables.

Por esta razón esencial la obra de Liévano Aguirre merece ser acogida con entusiasta simpatía y lo coloca de una vez en la primera fila de nuestros historiadores. A ese puesto lleva él un nuevo criterio que no puede pasar inadvertido. Es un libro de historia en que al lado de la pasión inevitable y fecunda que no puede estar ausente de un espíritu juvenil, al lado de un espíritu polémico revelador de un robusto temperamento, se encuentra el empeño por descubrir las raíces íntimas de los actos humanos. No se limita solamente a los documentos oficiales y a los hechos públicos que van marcando la evolución del estadista cuya vida quiere ofrecernos sino que se detiene, con la más inteligente perspicacia, en las características psicológicas del hombre cuya vida examina, en sus pasiones, en los vendavales de su vida privada, en la manera como iba desarrollándose un alma tormentosa que se orientaba tanto por las ideas políticas como por los sentimientos íntimos.

Considero magistral la interpretación que Liévano Aguirre hace de la vida de Núñez a través de sus poesías. Seguramente se ha descuidado demasiado este aspecto de la personalidad del doctor Núñez. Muchas veces se ha querido juzgar al poeta con criterio meramente retórico, cuando la verdad es que en Núñez el poeta, el hombre privado y el hombre público están indisolublemente ligados. En Núñez no era la poesía una abstracta pasión literaria sino la expresión apasionada y hondísima no solo de sus sentimientos sino de las situaciones en que se encontraba aún en lo más árido de la vida pública.

Hay no pocos poetas colombianos cuya obra podría estudiarse con prescindencia total del medio en que actuaron y hasta de las peripecias de su propia vida personal; poetas de índole parnasiana, que tendían a la belleza pura, que manejaban el idioma con delicadeza de orfebres y se inspiraban en las

vastas ideas generales que en todo tiempo y lugar animan los actos humanos. El doctor Núñez era todo lo contrario. Descuidado como escritor, ajeno a los primores del estilo, tenía la poesía únicamente como medio de expresión de su alma volcánica. El verso era para él el grito de su temperamento, en el amor, en la ambición, en la amargura, en la torturante vida pública. No escribió sus memorias, pero sus poesías son el mejor comentario de su vida y de su acción.

Así lo comprendió Liévano Aguirre y ese, para mí, es el mejor acierto literario y psicológico de su obra. Con certero instinto vio dónde estaba la mejor clave de interpretación de la personalidad del doctor Núñez y nos presenta en su biografía una figura profundamente humana, alimentada siempre por fuertes e implacables pasiones, por un cálido sentido de la vida, por rencores, venganzas, ambiciones y sensualidades que ejercían influjo decisivo sobre lo que pudiera considerarse como mera orientación política.

La fría enumeración de las actividades públicas de Núñez y de la manera como ellas modificaron la vida colombiana, no podría jamás explicarnos por sí sola la personalidad del Padre de la Regeneración. Se equivocan, a mi modo de ver, quienes quisieran ver en él tan sólo a un doctrinario, a un pensador político, a un organizador de las instituciones. Podría ser todo eso pero era además una pasión en marcha, una pasión humana, influida decisivamente por todas las cosas grandes y pequeñas que afectan la vida de los hombres.

El no haberlo comprendido así fue el más grande de los errores cometidos por los círculos radicales que implacablemente quisieron combatirlo. Con equivocación fundamental concentraron sus tiros en la persona misma de Núñez y despertaron así todos sus ímpetus de combate y todos sus sentimientos de venganza; descuidaron demasiado las ideas del político y cuanto en ellas había de fecundo y realista y se empeñaron en combatir a un hombre que resultó tanto más peligroso cuanto más acosado.

Estará por demás decir que no compartimos muchos de los juicios de Liévano Aguirre sobre la vida y la obra del doctor Núñez. Pero él inicia una reconsideración valerosa del criterio demasiado sectario con que hasta ahora se le ha juzgado. Seducido quizá por esa extraordinaria personalidad y por las líneas

directivas de su pensamiento no quiere detenerse en las fallas esenciales de sus realizaciones ni en las exageraciones funestas a que lo llevara su temperamento apasionado, pero la rectificación que él intenta es necesaria y oportuna. Hay que conocer y estudiar la historia política de nuestro siglo XIX, alumbrándola con consideraciones económicas que no se habían tenido suficientemente en cuenta ya que modifican muchos de los conceptos tenidos hasta ahora como evidentes. El interés o la pasión de los partidos políticos guiados en ocasiones tan sólo por las apariencias, han dado a muchos de los hechos y de los hombres de nuestra vida pública una ubicación distinta de la que en realidad debe corresponderles. Liévano Aguirre plantea, por ejemplo, una nueva interpretación de la administración del general José Hilario López y de la iniciación del Gobierno del general Obando que podrá desconcertar a muchos por su novedad pero que se apoya en muy fuertes razones. Con originalidad audaz quiere censurar, por razones y motivos liberales, muchas de las orientaciones y campañas de quienes figuraban como exponentes del liberalismo y en esto revela sus extraordinarias dotes de historiador. ¡Cuántas veces en la historia las apariencias resultan totalmente opuestas a las realidades y los hombres aparecen obrando a la sombra de banderas fervorosamente agitadas en forma contraria a lo que esas banderas deberían significar! Los acontecimientos, como las indomables corrientes marinas, suelen muchas veces llevar a los hombres a lugares y situaciones que no figuraban en su itinerario y no es raro el caso de que ni siquiera se den cuenta clara de ello. Es la posteridad inteligente la llamada a establecer la verdad y a explicar lo que muchas veces parecía inexplicable.

Suscitará muchas polémicas el libro de Liévano Aguirre y así se lo deseamos cordialmente. Sus interpretaciones tienen que encontrar impugnadores vehementes y ello podrá constituir uno de los mejores éxitos de su libro. Se volverá a discutir el constante tema de si el doctor Núñez fue un vencido o no, si su obra fue o no benéfica y si merece o no el calificativo de traidor con que durante medio siglo lo han abrumado todos los liberales. Pero esto tendrá que hacerse no ya con el superficial sentido retórico de las campañas electorales sino con la serenidad de la crítica histórica que vaya al fondo mismo de los hechos.

Para nosotros es evidente que la más trágica equivocación de nuestra vida política fue la que padecieron, respecto del doctor Núñez, los políticos radicales en los diez años anteriores a mil ochocientos ochenta y seis. El grupo radical tenía indiscutiblemente excelsas condiciones morales pero adolecía de un fanatismo y de una intransigencia que a todos nos costó muy caro. Cuando el doctor Núñez preconizaba reformas que la opinión nacional reclamaba con angustia, ellos cerraban los ojos a esa política reformista para no pensar sino en el odiado enemigo. En un enemigo que multiplicaba sus ofrecimientos de conciliación y acuerdo y que fundamentalmente vinculado a la política liberal no quería desprenderse de ella y reclamaba una y otra vez para la realización de sus justos programas reformistas el concurso de sus antiguos copartidarios.

La manera como ese concurso fue negado sistemáticamente, en forma ruda y agresiva, con sentimientos de hostilidad personal implacable, es uno de los hechos más sorprendentes de nuestra historia. En muchos momentos los radicales procedieron con un áspero fanatismo que cualquier conservador les hubiera envidiado. En lugar de abrir paso a las reformas, lo redujeron todo al prurito de cerrarle el paso a un hombre, y no es exagerado decir que lo arrojaron al campo adonde él no quería ir, que lo empujaron ciegamente a las soluciones que él no quería adoptar.

Una vez más se repitió la historia. Cuando el Libertador en sus últimos días decía con lucidez genial "El no habernos compuesto con Santander nos ha perdido a todos", iluminaba los hechos políticos de los últimos días de la Gran Colombia. Los ideales del Libertador de autoridad, de jerarquía, de gobierno firme, los encarnaba mejor que nadie Santander dentro de su espíritu legalista, porque Santander buscaba en la ley precisamente la fuente de la autoridad vigorosa y enérgica que quería ejercer. El Libertador, ya en su decadencia, y asediado por los aduladores que suelen ser la maldición de los hombres de Estado, no lo comprendió así y dentro del pesimismo sin fronteras que lo dominaba en esos dos últimos años de su vida, echó por caminos en que la autoridad se desprestigiaba por su propio exceso y la anarquía se infiltraba a través de las derrotas de la ley.

Los radicales también, después de la catástrofe del ochenta y seis, hubieran podido decir: "El no habernos compuesto con Núñez nos ha perdido a todos". Mejor que nadie comprendió Núñez que la anarquía de la Federación no podía continuar sin dar al traste con la República; que las instituciones que se habían creado para contener los impulsos cesáreos del general Mosquera estaban culminando en un régimen de desorden incompatible con la vida regular y progresista del país. En ese sentido muchas de las páginas de La Reforma Política tienen caracteres de axioma y era evidente que, por su vigor intelectual y su maravillosa comprensión de las realidades colombianas, tenía que ser Núñez uno de los conductores esenciales de esas reformas que él mejor que nadie preconizaba.

No lo comprendieron así los radicales. Muchos de ellos se daban cuenta de la exactitud de las doctrinas de Núñez pero los cegaba la hostilidad al hombre y entonces, con prodigiosa habilidad, que también la historia tendrá que reconocer, los conservadores llenaron el vacío que la pasión radical producía. Al fanatismo radical opusieron una amplitud habilidosa que no reconocía límites y así por la fuerza misma de los hechos vino a crearse una situación que dado el temperamento del doctor Núñez y las armas que contra él se empleaban, no podía menos de tener las consecuencias lógicas que tuvo.

Lógicas, porque resultó que al lado de la pasión ardorosa del doctor Núñez, herido en las más sensibles fibras de su vida privada, surgió el doctrinarismo vigoroso del señor Caro que era, él sí, un pensador de hondísima raigambre. Y en esto nos apartamos fundamentalmente de las teorías de nuestro amigo Liévano Aguirre. Combatido sin piedad el doctor Núñez por los radicales y apoyado magistralmente por la política que inspiraba el espíritu agilísimo de don Carlos Holguín, se veía arrojado el hombre de El Cabrero a las playas conservadoras y allí lo esperaba el señor Caro con una doctrina no improvisada y con principios de recia urdimbre reaccionaria.

El doctor Núñez, como todos los grandes pasionales, pasado el ardor de la lucha carecía de la paciencia de constructor. No podría nunca decirse de él que fuera un gran administrador, ni que su energía de combatiente se mantuviera intacta en las tareas reflexivas del gobernante. El quería vencer y dominar y en la hora de la victoria lo invadía cierto cansancio

de la lucha y cierto desdén por los frutos, después de que él había visto caer por tierra a los enemigos que tanto mal le habían hecho. Y como era un hombre de tormentosas pasiones y no un frío estadista enamorado de unas cuantas ideas generales, dejaba que esas pasiones lo llevaran a extremos que él mismo no había previsto y contra los cuales ya no quería o no podía reaccionar.

De ahí el fracaso evidente de la práctica de los ideales que él preconizó en muchas páginas de su "Reforma Política". Había sentido, con clarísima comprensión del espíritu colombiano, lo erróneo de una política irreligiosa y de una persecución a la Iglesia que era contraria a la índole de nuestro pueblo, pero en reacción contra esos excesos nos dejó llevar a los límites de la teocracia y cambió un mal por otro. Le dolía el sectarismo contra las minorías nacionales, quería dar a los conservadores mayores garantías y más sustantivo papel en la vida pública y pudo ver cómo la Regeneración llevaba el exclusivismo sectario y la persecución a los adversarios a extremos que no se habían conocido en las épocas de la Federación. Si los radicales y liberales del sesenta y tres al ochenta y cuatro habían dado a los conservadores menos de lo que ellos merecían, los conservadores y nacionalistas del ochenta y seis al noventa y nueve no les dieron nada a los liberales ni les reconocieron nada. Si le dolía al doctor Núñez el espíritu partidarista que creaba tantos desórdenes en los años de la Federación, dejó crear un espíritu partidarista y perseguidor que nos llevó fatalmente a la más grave y dura de las guerras civiles de nuestra historia. Si la llamada soberanía de los Estados creaba en las épocas federales un absurdo estado de anarquía política y administrativa, el doctor Núñez dejó que de esa anarquía, en que sin embargo lucían tantos elementos de vida y de energía se pasara al aniquilamiento de las secciones; que la algarabía anterior fuera reemplazada por un vasto silencio estéril.

Para mí el doctor Núñez supo vencer pero no supo utilizar su victoria. Supo implantar en el país normas nuevas de disciplina que estaban haciendo falta evidente; supo reconstruir la unidad nacional pero no pudo o no quiso impedir que de esos principios se sacaran conclusiones contrarias a los ideales que él había preconizado. Pudo contemplar en los últimos años de su vida, como él mismo lo dijera, "la pirámide invertida". Y

por eso sus últimos años fueron de una atroz melancolía. Una de sus últimas cartas, que Liévano Aguirre cita, revela toda su íntima tragedia: "Si usted viera mi interior, dice, qué sorpresa sentiría. Si hay una alma triste sobre el haz de la tierra es la mía. Me alimento ya sólo de recuerdos que no representan sino el vacío!". "Escribo para el público como si fuera un autómata, por distraer la imaginación abrumada y envuelta en sombras a la manera de un astro en eclipse...".

Seductora figura por todos conceptos esta del doctor Núñez. Nadie ha sido más odiado, nadie encontró también mayores adhesiones. No tenía ninguna de las condiciones externas que parecen en nuestra América determinantes de la popularidad; jamás alcanzó glorias militares, ni fue un orador capaz de arrebatar a las multitudes. No tenía, ni con mucho, la prestancia de Obando ni la majestad romana de un Caro. De cuna muy modesta jamás dispuso de bienes apreciables de fortuna y según sus íntimos no era uno de esos conversadores cuya brillantez seduce al interlocutor. Pero era una inteligencia en marcha de proporciones extraordinarias y ponía esa inteligencia al servicio de pasiones tan fuertes y tenaces como nunca las sospecharon sus adversarios. Era contradictorio, como todos los grandes políticos. Sería grave error verlo como el autor de algún nuevo sistema filosófico o como uno de esos grandes pensadores que abren nuevos caminos a la mente humana y dan nuevas interpretaciones a la vida. Nada de esto fue el doctor Núñez. Fue un gran político que se dio prodigiosamente cuenta de las realidades colombianas, que supo con la sola fuerza de su inteligencia y de su pasión crear nuevas corrientes en la conciencia colectiva, que poseyó una destreza incomparable en el manejo de los hombres y que supo conocer —a veces con cruel escepticismo y sin embarazarse demasiado por escrúpulos morales— todos los resortes, altos y bajos, del alma humana. Pero creo yo que sus pasiones, los errores monumentales de sus adversarios y las confusiones inevitables que crean las luchas políticas deformaron y falsificaron sus ideas. Que él conoció el error y la amargura de lo que Montalembert llamaba "triunfar demasiado"; que otros, más reciamente doctrinarios que él, y más fríos, aprovecharon de su victoria y lo llevaron de un exceso a otro exceso y de los errores del libertinaje y del

sectarismo a los errores del sectarismo y de la reacción autoritaria.

El libro de Liévano Aguirre es un admirable excitante para las reflexiones políticas; es una invitación a juzgar los hechos del siglo diez y nueve con un severo criterio de análisis y no con superficial pasión retórica de tipo político. Es una interpretación inteligente y singularmente atractiva, de una de las personalidades más vigorosas de la historia de América, que debe estar ya más allá de la diatriba y del elogio interesado. Que sea atendida esta invitación juvenil al análisis documentado de nuestra historia política es el deseo que fomulo, al saludar en Indalecio Liévano Aguirre a una de las mejores promesas de las nuevas inteligencias colombianas.

Eduardo Santos

Bogotá, 12 de agosto de 1944.

RECORDANDO A TOMAS RUEDA . . .

A Margarita Caro de Tomás Rueda, estas páginas escritas para ella y sus hijos, en memoria de una amistad nacida hace cincuenta y cinco años, y destinada a durar usque ad mortem et ultra.

E. S.

Confieso que nunca me he creído capaz de escribir algo que pudiera llamarse “Ensayo sobre Tomás Rueda y su Obra”. Ni lo pretendería. Para hacerlo me faltan imparcialidad, análisis frío, documentación mecanizada. Los críticos patentados dirían, con razón, que al escribir sobre él lo hago a la luz de un inmenso afecto. De todos los amigos que tuve en mi vida, fue Tomás el que tuvo sobre mí más grande y constante influencia, por la irradiación espléndida de su inteligencia y de su bondad. Estos apuntes, que han debido ser breve prólogo, gentilmente pedido por los editores, no aspiran a ser un trabajo literario: son tan sólo el íntimo y ferviente homenaje de quien admiró y quiso a Tomás sin reservas, y rinde constante culto a su memoria.

Conocí a Tomás por allá en 1907, gracias a Antonio Caro Narváez, con quien yo había trabado años atrás en el Colegio del Rosario una amistad que nos ligó entrañablemente, con lazo indisoluble. No he conocido talento más vigoroso y claro, ni hombre mejor dotado espiritualmente. Estaba llamado a ser, en lo literario, el continuador dignísimo de su abuelo y de su padre, y a compartir sus glorias. En plena adolescencia, asombraba a sus profesores por su dominio casi genial de las matemáticas. Tenía, además, una avasalladora simpatía, mez-

cla de contagioso entusiasmo juvenil; de cordialidad generosa, de sencillez y de lealtad. Pocos lo recordarán ya, porque pocos lo conocieron, y fue su paso por la tierra fugaz y discreto, pero en mi memoria jamás se ha opacado esa figura seductora de sabio, de poeta, de ideal camarada. Murió en el barco que, —después de intensa y fructuosa permanencia en Europa— lo traía, con su esposa y sus tres hijos, a la patria que nunca quiso ni pudo olvidar y en donde todos los éxitos lo esperaban. Sus cenizas reposan en el cementerio de la Isla de Tenerife. Casi, casi, pudo realizar el anhelo que su egregio abuelo, don José Eusebio Caro, expresara en una de las más bellas estrofas que en lengua castellana se hayan escrito:

“Oh, morir en el mar, morir terrible y solemne,
digno del hombre: por tumba el abismo, el cielo por palio!
Que nadie sepa dónde nuestro cadáver se halla,
y eche encima el mar sus olas, y el tiempo sus años!...”

* * *

Era Tomás mayor que yo; cuando nos conocimos ya era un señor casado y padre de familia. Yo apenas concluía mis nada brillantes estudios en jurisprudencia y ciencias políticas. A los pocos días nos unían una amistad que ya nada podría extinguir. Con su conversación aparentemente ligera, juguetona, ajena a toda gravedad profesoral, fue mi maestro en la ciencia y en el arte de la vida. Eramos ambos patriotas y liberales, (o, como él decía, “granadinos santanderistas”); teníamos intesa sed de cultura, y la buscábamos por doquier, desordenada pero tenazmente. Sentíamos vagamente la vocación periodística; aborrecíamos con igual ardor la dictadura de Reyes, al fin y al cabo muchos menos tiránica de lo que entonces nos parecía; habíamos más tarde de reconocer que la dignificaban anhelos de progreso y de convivencia que salvarán ante la historia justa esa administración presidida por quien era hombre bueno y patriota sincero. Por fortuna para él, no alcanzó Tomás a ver y padecer otros despotismos que sí habían de merecer, no sólo la indignación que en el último año del quinquenio rodeaba el régimen imperante, sino fallos mucho más severos y duros, que nada podrá desvirtuar.

Fundó Tomás en 1909 *La Revista*, y me invitó a acompañarlo en la dirección y redacción. Apareció en cuanto, tras cinco años de mordaza, renació la libertad de la prensa, y con razón nos sentimos orgullosos de ella. Yo con escasos títulos, porque el alma y el cerebro de esa publicación fue Tomás y la sostuvo casi dos años. Hube de abandonarlo cuando apenas habían salido los dos primeros números. Colaboraban los más ilustres escritores de entonces, el señor Caro, don Marco Fidel Suárez, el doctor Rodríguez Piñeres, muchos más. Cuánto entusiasmo, y cuánta fe, en esos días iniciales de nuestras vidas! . . . Así empecé yo a ser director de periódico, a la sombra de Tomás, guiado y estimulado por él.

Habíamos ingresado, con ardor combativo y grande entusiasmo, a la Unión Republicana, y más tarde, con Alfonso Villegas, al partido republicano, y en él permanecimos hasta cuando ese partido dejó de existir. La verdad es que, vueltos a las toldas de un liberalismo ancestral, nunca pudimos desprendernos del ideario generoso que animó siempre al republicanismo y dejó frutos excelentes y huellas indelebles.

Pero el recuerdo, vivo y fresco, de nuestra primera salida, me arrastra a campos de biografía (y, peor aún, de autobiografía) que no pueden ser los indicados para estos apuntes.

Algún día volveré a contar lo que Tomás fue en *El Tiempo*, desde su fundación. Por un mes, en días tristísimos para Alfonso Villegas Restrepo, lo reemplazó en la Dirección, y además fue a todas horas colaborador y consejero supremo de ese diario, desde el día en que él apareció por primera vez en 1911, hasta el último de la vida de Tomás. Si yo adquirí más tarde *El Tiempo*, fue por consejo suyo, tenaz y entusiasta. Quise, y así se lo rogué, que nos lanzáramos juntos a la aventura, y reanudáramos los días de *La Revista* pero se negó a ello con incontestables argumentos. Pensaba él que un diario político no podía ni debía tener sino un director, un solo responsable de cuanto se dijera y se hiciera, so pena de verse maniatado por la multiplicidad de opiniones, de lazos a veces opuestos, de criterios que nunca pueden ser idénticos. Y tenía razón. Pero si no fuimos ni socios ni codirectores, él siguió siendo lo que había sido en *La Revista*: el consejero perfecto que no ahorra- ba ni el aplauso estimulante, ni la advertencia de posibles pe-

ligros, ni la franca censura capaz de determinar el cambio necesario o la rectificación justa.

Y para mí lo fue, no solo en la sala de redacción, sino a todo lo largo de mi vida pública. Siempre el mismo, en discreta penumbra, viva imagen de la lealtad, pronto a servir, seguro en el consejo, irremplazable en el arte de acompañar a quien, por la fuerza de las cosas, tantas veces está —en las alturas a donde lo lleva la voluntad popular—, solo con sus problemas y sus responsabilidades, y necesita de un amigo, todo desinteresado, todo sinceridad, que lo conforte y lo ayude, mantenga abiertas las puertas de la confianza, y en cuya palabra y criterio se tenga siempre fe... ¡Cuánto debí entonces a Tomás, y cuánto fue él, para mi mujer y para mí, en horas difíciles, en que disipó dudas, estimuló esfuerzos, insinuó soluciones, y supo levantar el ánimo y poner constantes notas de buen humor en áridas tareas, enalteciéndolas con calor humano indeficiente!

* * *

Si pudiera ver hoy Tomás el prestigio que rodea su nombre, las varias ediciones de sus obras, el interés cada día mayor que ellas despiertan, la manera como guardan su memoria cuantos a su lado trabajaron, sentiría no poca sorpresa. Sabía que los suyos, y con ellos media docena de amigos, no lo olvidarían jamás, y eso le bastaba. Hombre más ajeno a vanidades no es fácil encontrar. Su única falta de perspicacia fue la poca importancia que daba a sus obras literarias. Escribía tan sólo como manera de obrar, para cumplir con un deber que nadie le imponía, pero que él sentía como imperativo de su conciencia. Para servir, en una palabra.

Jamás fue lo que se llama un literato, o, para usar la exacta expresión francesa, *un homme de lettres*. Como no fue tampoco un erudito, ni se quemó las pestañas en bibliotecas y archivos, ni conoció eso que los del oficio llaman fichas y ficheros: documentación ordenada y minuciosa. No. Era otra cosa: un hombre completo, que no conoció la indiferencia y se interesaba, con callada e inextinguible pasión, por las cosas de la patria, por su tierra y sus compatriotas, sus paisajes y su historia, sus necesidades y problemas. Y que lo hacía como quien respira, sin planes ni proyectos sabiamente trazados,

al compás de sus sentimientos, al impulso de impresiones y de ideas ansiosas de expresarse y de abrir paso a los actos.

Muchos, leyéndolo, deploran con razón el que no hubiera dejado libros completos, —exhaustivos, dicen ahora—, sobre algunos de los temas que tantas veces trató en sus artículos. Una vida de Santander, o de Nariño; un libro bien ordenado y construído sobre lo que fue la vida bogotana en los treinta años finales de nuestro primer siglo. Y otro sobre educación. Y otro sobre el ejército nacional. Y otro...

¿A esta clase de labores podían conformarse la manera de ser, el temperamento, las aficiones de Tomás? No lo creo. Si cuando era responsable de alguna tarea concreta, director de la Biblioteca Nacional, rector del Gimnasio o de San Bartolomé, cumplía con todos sus deberes exacta y oportunamente, pero a su manera, que le era propia, cuando se trataba de escribir lo que le pasaba por la cabeza procedía libérrimamente, sin someterse a disciplinas rutinarias. Pensaba largamente lo que quería decir, pero no inclinado sobre una mesa y unas cuartillas, en laborioso esfuerzo. Tomás trabajaba de otro modo. Dejaba que sus ideas tomaran forma y claro sentido, en reflexiones tranquilas, sin prisa, sin tomar notas, mientras su caballo lo llevaba de aquí para allá en largos paseos por su amada Sabana, mientras miraba con ternura sus campos y sus cielos, o poniendo a un lado el libro que le sugería algún nuevo punto de vista, para analizarlo en silencio. Y lo mismo hacía oyendo a la gente, observando agudamente los sucesos que en torno suyo se cumplían; o meditando, a solas, en el pasado, en el presente, en el porvenir de la patria, en la suerte de las ideas que le eran caras.

De esta manera se iba elaborando su obra de escritor, nunca improvisada, nunca consagrado a pulir su estilo, a lograr lo que los Goncourt o Flaubert llamaban "*l'écriture artiste*". El quería solo decir, sencilla y claramente, las cosas que largamente había pensado y que maduraban en su corazón y en su mente antes de tomar forma concreta. Por ese procedimiento, sin sospecharlo ni buscarlo, llegó a ser un escritor clásico, de los más auténticos que en la literatura colombiana existen, límpido, con elegancia no aprendida de hidalgo genuino, preparado para las armonías del lenguaje por el murmullo de

las aguas que bajan cantando de los altos montes y forman el Pozo Azul de su Santa Ana, sereno y hondo, que refleja los cielos sabaneros e invita a pensar y a soñar.

* * *

Entre las obras de Tomás, pocas de interés tan grande como las que se refieren a la Historia de Colombia. Las agrupó él mismo bajo un título que revela su índole, sus características precisas: "*Visiones de Historia*". No son el fruto de pacientes y sabias investigaciones, cosechado en archivos de difícil estudio. Son algo más: la impresión exacta, viva, penetrante, de ciertos hombres, de ciertos sucesos, de etapas decisivas en la vida de la república. Santander y Nariño, por ejemplo. La admiración por el primero es tan grande como el emocionado afecto por el segundo, y los perfiles de ambos se destacan netamente, como fijados por la mano de un dibujante magistral, que más allá de los meros rasgos físicos y de los hechos, adivina y revela el fondo de las almas y de los temperamentos. No una excelente fotografía: una obra de psicología perspicaz que en firmes rasgos nos da no sólo la vera imagen física sino el trasfondo espiritual de un varón representativo.

Tomás Rueda no estudió nuestra historia en fríos textos. Podría decirse que la respiró en su hogar, que fue ella parte decisiva de su ambiente familiar. Su abuelo, el doctor Jorge Vargas, ocupó, puesto altísimo en la vida de Colombia desde muy joven, fue médico del general Santander, liberal de firmes convicciones pero no político beligerante, conoció de cerca a los prohombres del Siglo XIX, y lo rodeaba el hondo respeto de sus contemporáneos. En las rodillas de ese abuelo, que le profesaba inmensa ternura, aprendió Tomás a saber lo que había sido y era la patria, cómo había nacido y crecido, cómo eran sus grandes hombres. Para el nieto, que ávidamente lo escuchaba, era todo aquello un cuento maravilloso, que se le fijó en la memoria de modo indeleble. Y algo más: la semilla que más tarde había de fructificar espléndidamente, abonada por inmensas lecturas, por un raro dón de observación que a veces hacía de él casi un adivino.

El padre de Tomás formaba parte del grupo dirigente del radicalismo; fue ministro del despacho y magistrado, era

orador y escritor, de una sobriedad sorprendente en esos tiempos de pompas victorhuguescas. Había sido guerrero en sus mocedades; murió siendo Tomás muy niño, pero sus compañeros siguieron siendo los amigos constantes de ese hogar en que encontró permanentemente Tomás a hombres sustantivos, que absorto miraba y escuchaba: el General Santos Acosta, el doctor Esguerra, el doctor José Ignacio Escobar, el Cabezón Vargas, el Obispo Rueda, su tío; una pléyade de estadistas, de ciudadanos ilustres que habían hecho y seguían haciendo la historia y eran parte de ella. Por su matrimonio le tocó, como él decía, "conocer el otro lado", y conocerlo en su origen y en lo más alto. Así se formó un criterio imparcial y sereno, de equilibrio perfecto, exento de todo sectarismo, alérgico a los fanatismos, propicio al juicio exacto y justo.

Las visiones de historia de Tomás Rueda abarcan una extensa zona. En mucha parte constituyen la resurrección de ciertos aspectos del pasado. Trozos de vida colombiana que, gracias a una pluma maestra en el arte de las evocaciones, conservan su frescura y aparecen palpitantes aún de realidad. En esas páginas la prosa de Tomás adquiere matices encantadores, se desliza suavemente al través de su sencillez clásica. Van surgiendo hombres y cosas del pasado, aspectos de la Bogotá fin de siglo, y de la del Centenario, figuras de un ayer al que esa pluma mágica da relieves de sorprendente actualidad. Y todo eso logrado al parecer sin esfuerzo ni preparación, sin el menor artificio, sin sombra de retórica. Un arte perfecto, en que por ninguna parte se advierte la mano del obrero: es la vida de otros tiempos, que surge ante nuestros ojos sin disfraces ni oropeles, como era...

Mucho se ha discutido sobre la influencia que el medio, el ambiente, las circunstancias, tienen o pueden tener en la formación y desarrollo de seres excepcionales. No es posible admitir, como algunos pretenden, que eso se convierta en infalible norma de interpretación, en clave para explicarlo todo. Si para muchos es así, son múltiples los casos en que una personalidad se caracteriza por ardiente reacción contra el ambiente que rodeó su infancia y juventud. Pero en Tomás aquella norma sí tuvo realización cumplida. Fue un producto innegable de su ambiente, para fortuna suya. Creció y vivió dentro de un círculo familiar al que debió grandísima parte

de lo que hizo y de lo que fue. De ahí la nobleza infinita de su persona y de su obra. Conoció lo mejor que la vida puede ofrecer, y que no siempre da: una familia ejemplar, una madre y una esposa que fueron compañeras incomparables y guías seguros desde el principio hasta el fin y le dieron el sentimiento de seguridad serena que animó sus actos y sus libros. La escuela eficaz y permanente, el taller ideal los tuvo en su hogar, siempre, desde los consejos del abuelo hasta los encantos de los nietos. Y ello explica el que lo único que no pueda encontrarse ni en sus libros ni en su vida, sea huellas de amargura, de resentimiento, de rencor. Si nunca lo obsesionaron ambiciones ni codicias, ¿no sería porque allá en el fondo de su alma vigilante, sabía y sentía que la vida, con largueza espléndida, le había dado cuenta vale la pena de desearse?

* * *

Sería grave error incluir a Tomás entre los escritores llamados costumbristas, que a mediados del ochocientos adquirieron entre nosotros vasto renombre, formaron el núcleo de El Mosaico y tuvieron su último exponente en Pimentel y Vargas y su más destacado representante en José David Guarín. Tomás era otra cosa, distinta y superior, tanto por el estilo de su prosa como por el espíritu que la animaba, nunca inspirada en el mero deseo de distraer o divertir a sus lectores. No le interesaron nunca los "cuadros de costumbres", con sus personajes imaginarios y su tono festivo y frívolo. Deseaba evocar el pasado en ciertos aspectos esenciales, narrando cómo eran y procedían los hombres de épocas que algunos llaman desaparecidas. Visiones de historia, fijadas al través de una sensibilidad exquisita, de intensos recuerdos, y de un sorprendente sentido crítico.

* * *

Fue Tomás uno de los poquísimos humoristas que se registran en nuestra literatura. La especie es rara en todas partes, porque requiere cualidades nada comunes. No se hizo para ellos ni la sátira dura, ni la burla hiriente, ni el sarcasmo, frutos de acre pesimismo, de amargo concepto sobre el con-

junto de las actividades humanas. El humorista reacciona en forma distinta. Se da cuenta exacta de las miserias del vivir cotidiano, de las deficiencias de seres a quienes una ciega fortuna suele llevar a las alturas, de los íntimos móviles mezquinos de muchos proceder que con tan varios disfraces tratan de esconderse. Ni lo engañan las apariencias, ni lo deslumbran los éxitos. Pero todo eso no le inspira ni cólera, ni desprecio, sino más bien compasión indulgente, piadosa lástima. A mil leguas del fariseísmo, tan severo para las faltas ajenas como empeñado en no ver las propias, el humorista ve al desnudo las miserias humanas. Pero su temperamento lo lleva, lejos del odioso latigazo sarcástico, al fino concepto que pone a cada cual en su sitio, sin agravios estridentes —sin tímidas complicidades tampoco—, insinuando con claridad dónde están la verdad y la justicia, destruyendo sin gritos, a veces sólo con sonrisas, vanidades y pretensiones, mostrando cuán delezna- bles son las obras de la mediocridad, y cuán visibles las cuerdas que manejan la intriga interesada.

Algunos creen que a todo eso debe volverse la espalda despreciativamente. Tomás Rueda prefirió siempre los caminos de la misericordia y del servicio a la comunidad: censuró sin debilidad y sin amargura, los males sociales que unos ven con indiferencia, otros con ira, y no pocos con apetitos de explotadores ávidos; buscó correctivos, remedios, rumbos mejores. Era en eso, como en todo, maestro que persigue resultados efectivos.

Además, sabía Tomás que “la burla cariñosa suele ser la forma más encantadora de la ternura”. Y si la risa estridente y el chiste grueso y ordinario eran contrarios a su manera de ser, la gracia discreta y sutil fue uno de los dones que al nacer le otorgaron las buenas hadas. Su conversación deliciosa, vibrante de inteligencia aguda, animada por la observación penetrante de cuanto en torno suyo ocurría, iba gentilmente de un tema a otro, al amparo de una ironía bondadosa que era uno de sus rasgos más espontáneos y característicos.

En él se cumplía un concepto de ilustre y sabio crítico, según el cual la sátira, el sarcasmo, vienen de hígados enfermos, y el humorismo genuino de corazones generosos y de mentes claras.

* * *

Fue Tomás, contra cuanto pudiera sospecharse, miembro del Congreso. A la Cámara lo lievo un acceso de buen gusto del electorado, y cumplió allí sus deberes discretamente, más en comisiones acordes con sus inclinaciones y estudios que en la tribuna, que nunca lo sedujo. Sin embargo, algunas veces la ocupó y con voz de apacible profesor dijo verdades que nadie osó impugnar.

Fue la voz de Tomás Rueda una de las primeras que se levantaron, clara y robustecida por convicción apasionada, para hacer en ese ambiente entonces cerrado a las mujeres, un encendido elogio, de lo que ellas han representado en la vida colombiana, en todos los órdenes, base de la familia, decoro de la sociedad, fuerza callada y creadora, cimiento firme de cuanto podamos ser, índice magno de abnegación y sacrificio.

Pero evidentemente no era la arena parlamentaria medio propicio para las labores que Tomás Rueda estaba llamado a realizar. Especialmente le molestaba el que se perdiera casi totalmente el tiempo en discursos innumerables, indiscutiblemente improvisados, charlas desordenadas e indocumentadas, estériles y fatigantes. Eso dio origen a la mejor página humorística de cuantas Tomas escribiera.

Hacía largos días que en el capitolio se oían, en incontenible catarata, discursos que casi nadie escuchaba y que a ninguna parte llevaban. Y una tarde, leída el acta, Tomás, como quién no quiere la cosa, presentó una proposición que decía, sencillamente: "La Cámara de Representantes resuelve dedicar, de las cinco sesiones semanales que debe tener reglamentariamente, cuatro para uso de los oradores espontáneos y una para el ordenado cumplimiento de las funciones que le corresponden".

El secretario, rodeado de papeles, atendiendo a múltiples asuntos, tomó la proposición de don Tomás y ordenó a un empleado que la leyese. Así se hizo. El presidente, que conversaba con algunos colegas, la puso en discusión, que se cerró rápidamente, y el clásico golpe sobre el pupitre, tantas veces inconsciente y mecánico, produjo la fórmula sacramental: "¡Aprobada!"...

A los pocos momentos un representante a quien le había sonado algo raro en esa proposición, se acercó a la mesa de la Secretaría, pidió el texto, lo leyó dos veces y prorrumpió en

protestas airadas. Gran conmoción. Mientras Tomás Rueda desde su asiento agradecía a sus colegas el voto que acababan de dar y tranquilamente agregaba que no había en lo aprobado desataco alguno, ni menos irreverencia, sino apenas observación fría de una realidad visible, y propósito de procurarle algún remedio, el Presidente, que era hombre sagaz, ducho en estos trances, llamó al Secretario, leyó la proposición, y tratando de disimular la risa que le jugueteaba entre las espesas barbas, dio instrucciones al Secretario para leer otra proposición "urgente"; (archivando ipso facto la que estaba levantando ampolla) y tocando la campanilla anunció que se aplazaba por unos minutos la reconsideración de lo aprobado y llamó a la presidencia a Tomás para comentar lo ocurrido.

Al día siguiente, naturalmente, en todos los diarios se publicó la sensacional proposición aprobada por la Honorable Cámara, y se comentó a más y mejor. Sólo un periódico la ignoró: "Los Anales del Congreso". Y no quedó, así, huella alguna de ese atentado, en los documentos oficiales.

* * *

Nada diré de su obra más popular y por muchos preferida: la dedicada a la Sabana de Bogotá. Se ha escrito sobre ella tanto y tan bien; la han comentado por todos sus aspectos tan excelentes escritores, que no podría yo agregar nada que en comparación a eso pudiera valer la pena. Logró Tomás identificarse con algo eterno en forma prodigiosa, como lo han conseguido muy pocos. La Sabana es Tomás Rueda, como Jorge Isaacs el Valle del Cauca; Luis C. López, Cartagena y las aldeas y pueblos de la región tropical que la circundan; Rómulo Gallegos y José Eustasio Rivera, los Llanos venezolanos y los bosques de la Amazonía Colombiana, Ricardo Güiraldes las pampas argentinas; don Ricardo Palma, la Lima legendaria. . .

¿A qué más podría aspirar un grande escritor? ¿Qué gloria literaria más sólida y más auténtica?

* * *

En síntesis un tanto arbitraria podría decirse que sus temas preferidos definen cuál era la esencia de su personalidad: la educación, en todas sus formas; la historia, no como erudi-

ción sino como interpretación de hombres y épocas; el culto a la patria, a sus héroes, a su tierra; la política de solidaridad y comprensión entre compatriotas; el ejército nacional; el ambiente en que viven y se mueven nuestras gentes, la manera como las afectan las modas universales; el anhelo de que ellas no desdibujen y destiñan la personalidad nacional, que apenas se esboza.

Su patriotismo fue integral, sin eclipses, dudas ni reticencias. No era para explosiones retóricas sino un tanto callado, a veces "melancólico e implacable", e infatigable. De cuantas maneras pudo impulsó el culto de los próceres, de los grandes servidores de la nación, pero sin ampulosos elogios palabreros, sino tratando de hacerlos conocer como fueron, de destacar sus realizaciones esenciales, de mostrar cómo son parte integrante de la patria actual, con ella se confunden constituyen lo mejor de nuestro patriotismo histórico, el único abolengo de que podemos ufanarnos.

Nada en su obra es vago ni indeciso. Sus páginas referentes al Gimnasio Moderno son modelo de franqueza. No excluyen ni severas censuras, ni admoniciones y advertencias inequívocas, al lado del claro y justo aplauso para cuanto en esa magna obra de educación había, y hay de bueno, cada día más. El maestro, que sabe a dónde va y qué quiere obtener, surge a cada paso, sin actitudes de domine pero también sin complacencia, sin debilidades, atento a cuanto hay de grande y de difícil en la ardua tarea de educar e instruir, tarea tan compleja y delicada como quizá no podría hallarse otra y a la cual, en una u otra forma, con incansable tenacidad, consagró con máximo desinterés su vida. Si algún tema obsesionante hubo en su actividad espiritual, fue ese de la educación. Ninguno estudió con mayor tenacidad, ninguno lo sedujo tanto.

* * *

Fue Tomás ardoroso partidario de la reforma militar, iniciada en buena hora por la administración Reyes, y que empezó a realizar con grande acierto la admirable misión militar dirigida por los generales chilenos Díaz y Charpin. Desde entonces, el ejército nacional constituyó una de sus preocupaciones constantes.

En todo eso, ni sombra de militarismo, ni sueños guerreros. Otro era su anhelo. Arraigada convicción suya era la de que, para realizar obra estable y fecunda, son necesarios gobiernos fuertes, sometidos, sí, a la constitución y a la ley, a las normas republicanas y democráticas, pero dentro de ellas vigorosos y capaces de actuar, sin vacilaciones ni debilidades, sin estar expuestos a golpes de mano, a desórdenes que no tengan cómo reprimir, con espaldas guardadas y manos libres. De esa convicción nació su admiración por Santander, “el más fuerte puño que haya cogido en Colombia un bastón de mando”; por Olaya Herrera, cuyo innegable dón de mando, y claro sentido de la autoridad, lo seducían. Y para que ese tipo de gobierno eficaz y creador sea posible, no veía Tomás, —y quizás no hay aún en nuestro trópico— otro respaldo permanente que el que pueda dar un ejército nacional, claramente apolítico, ajeno a todo personalismo, que según la perfecta fórmula, la constitucional, “no sea beligerante”. Que sea fiel a su misión altísima de guardián de la constitución y la ley y se dé cuenta cabal de la grandeza que dignifica y enaltece la disciplina militar, basada en el leal acatamiento a los gobiernos legítimos, en el servicio exclusivo de la nación.

Eso sólo puede asegurarlo un auténtico ejército nacional, ajeno a todo interés banderizo, a toda pasión sectaria, en donde no exista ni la sombra de la partija mecánica burocrática, por no admitir en él otra divisa que la de la patria, ni otro título válido que el de buen colombiano. Que no sea escala para ambiciosos ni peligro para las instituciones republicanas.

El ejército de partido, en cambio; el de Melo, el del 31 de julio, el de Rojas Pinilla, es todo lo contrario. Es, siempre, incógnita y amenaza, fuente permanente de inquietudes, y de funesta inestabilidad, nido de ambiciones y apetitos, arma de políticos audaces deseosos de reemplazar el orden legal por el propio predominio personal. Es la peor desgracia que puede caer sobre un país, así como uno genuinamente nacional, que no sea carta disponible para las facciones en el juego siniestro de los caudillos, es, sin disputa, garantía suprema de progreso, de paz, de dignidad.

Fueron esas las convicciones que determinaron los centenares de artículos que Tomás dedicó a cuestiones relacionadas con el ejército. El había visto, a lo largo de cuarenta años,

lo que era el voto de los militares: largas filas de soldados silenciosos, que al llegar a la urna recibían del sargento o del subteniente una boleta que, sin leerla siquiera, depositaban en una caja de madera cuya clara significación nadie les daba. ¿Voto ciudadano? ¡Qué va! “Como ordene mi teniente”. Y, “Media vuelta, mar...”. ¿Es eso compatible, no ya con derechos cívicos, sino siquiera con los fueros inalienables de la persona humana?

Gloria genuina constituye para el liberalismo, cuando conquistó el poder en 1930, haber consagrado como uno de sus primeros actos la suspensión del derecho de voto de las fuerzas armadas. En esa reforma nobilísima, participó intensamente Tomás; colaboró en su estudio y en su realización con un incomparable entusiasmo. Tenía muchos amigos entre los militares y con ellos trabajó infatigablemente por abrir paso a esa ley de sentido y alcance tan generoso como fecundo.

Ella suspendió, para los militares en servicio activo, el ejercicio de un derecho político, y les otorgó en cambio, el privilegio excelso de velar por los derechos de todos y por la paz de Colombia. Los investía de máxima autoridad moral, al evitarles todo pretexto de parcializarse; creaba entre el vocerío de las pasiones que se desencadenan en los períodos electorales, un núcleo sereno, colocado en plano superior, con fuerza material y moral para mantenerlos a todos dentro de límites justos, y para evitar que aquellas pasiones pudieran turbar seriamente el orden público.

Cuántas cosas excelentes veía posibles Tomás Rueda al través de un auténtico ejército nacional! No sólo la estabilidad política y el ordenado desarrollo de la vida democrática, sino una vasta labor de educación. En los institutos militares, universidades de patriotismo sincero, desinteresado, documentado; conocimiento exacto de lo que ha sido, es y puede ser Colombia, de sus necesidades reales y sus posibles remedios. En los cuarteles, al lado de la preparación técnica, una educación cívica generosa, enseñanza básica para los miles y miles de campesinos que por allí pasan todos los años, creación de un espíritu independiente ansioso de mejorar la propia suerte, por caminos de honradez y de trabajo, capaz de convertir al reservista en sostén fundamental para la libre vida colombiana...

Quien lea y relea a Tomás Rueda Vargas, atentamente, verá cómo en sus escritos por todas partes aflora ese ideal.

Y no está esa parte de su obra desconectada del resto. Toda forma un conjunto claramente perceptible y se endereza, por distintos senderos, a una sola meta, alta y lejana: su interés apasionado por la educación, más que de la simple instrucción; su anhelo de cultura, que al decir de Guyau es lo que queda en el fondo de nuestra memoria cuando se olvidan los textos que aprendimos y acaba la polilla con nuestros diplomas; su concepto sobre la necesidad imprescindible de que el país tenga un régimen en que "la justicia sea fuerte, y la fuerza sea justa"; sus críticas a los derroteros errados que van tomando las nuevas generaciones, presas de la frivolidad, del egoísmo, de un extraño desvío por las cosas espirituales y desinteresadas; su adhesión a cuanto signifique convivencia entre los hombres y solidaridad entre los compatriotas, y defensa de la libertad, condición indispensable de toda vida digna; su tesis constante de que deberes sin derechos equivalen a esclavitud, y derechos sin deberes a atroz privilegio. De esas convicciones eran fruto los artículos que él iba dejando caer a lo largo de sus actividades, sin solemnes actitudes de apóstol, con sencillo gesto de sembrador que cumple su tarea.

* * *

Un incidente de la vida de Tomás lo pinta exactamente, tal como era y da la clave de su íntima personalidad. Nos preocupaba a ambos, y de ello hablábamos con frecuencia, al mediar mi gobierno, el problema de San Bartolomé, clásico colegio que fundara en la colonia el Arzobispo Lobo Guerrero, confiándolo a los Padres Jesuítas, y que cuando el rey Carlos III, en julio de 1767, los expulsó de sus dominios, pasó a ser dependencia y propiedad de la corona española, y más tarde de la República de Colombia. San Bartolomé fue excelso vivero de próceres y héroes. Allí se educaron entre otros muchos, Santander y García Rovira, Antonio Ricaurte, Liborio Mejía, José Ignacio de Márquez, Vicente Azuero, el historiador Restrepo y cien próceres más... Con el Colegio de El Rosario comparte la gloria de haber sido cuna de la Independencia y de haber formado la generación emancipadora, años después de

haber salido de la Nueva Granada los ilustres miembros de la Compañía de Jesús.

Volvieron ellos, definitivamente, en la administración Holguín, o en los albores de la administración Caro, y después de más de ciento veinte años se les confió otra vez el Colegio de San Batrolomé, por explícito contrato. Dos partes diferentes lo formaban: la que comprendía la Fundación hecha por el Arzobispo Lobo Guerrero (afectada por la decisión de Carlos III primero y por el régimen republicano, más tarde), y otra adquirida a mediados o fines del siglo XIX por el estado colombiano, por él pagada a quienes eran sus indiscutibles propietarios y en donde, poco a poco, con dineros públicos, sobre las carreras sexta y séptima y la calle novena, se fue edificando un vasto edificio que se dedicaba para colegio nacional.

Todo eso se fue realizando durante largos años, a medida que los recursos públicos, entonces bien escasos, lo permitían. Durante la administración del doctor Abadía Méndez, el congreso aprobó por gran mayoría un proyecto de ley presentado por el ministro de instrucción, doctor José Vicente Huertas, en que se reafirmaban explícitamente los derechos de propiedad de la nación sobre el edificio de San Bartolomé, que nadie entonces discutía, ni menos negaba. Claros y completos aparecen, en todo esto, los títulos de la República.

En la primera administración López, en 1936, se aprobó otra ley que disponía crear y sostener en San Bartolomé, por el estado, un gran colegio de primera enseñanza para niños pobres o de familias de modestas fortunas. Al llegar yo a la presidencia, en agosto de 1938, los padres jesuitas me solicitaron encarecidamente que aplazara el cumplimiento de esa ley mientras ellos podían concluir el colegio, de vastas proporciones, que construían en La Merced y en donde ampliamente podrían acoger a cuantos se estaban educando en los claustros contiguos al Capitolio. Aunque tal aplazamiento no encajase exactamente dentro de los precisos términos de la ley, se les concedió por dos veces, hasta cuando se terminaron los trabajos aludidos, y ello fue agradecido en explícita y cordialísima carta por el Padre Superior de la Compañía de Jesús, sin reserva alguna.

Pero con ello llegó la hora de fundar y organizar el nuevo Colegio Nacional, ordenado por la ley. Naturalmente los

intereses partidaristas se habían mezclado ya en lo que debiera ser sólo cuestión pedagógica, y se empeñaban en complicarlo y desvirtuarlo. ¿Quién lo había de inaugurar y dirigir, de fijar sus derroteros y tendencias? En las circunstancias por desgracia creadas, esa cuestión se presentaba bien difícil. Existía el peligro de caer hacia la izquierda o hacia la derecha, de proceder o por debilidad o por pasiones demagógicas, en forma distinta de lo que aconsejaban los intereses públicos. Barajaban el presidente y don Tomás fórmulas y nombres, sin llegar a soluciones aceptables.

Solía Tomás con frecuencia ir temprano a mi casa y acompañarme en mi viaje a palacio; unas veces, si el tiempo lo permitía, a pie por largo trayecto, otras, en automóvil. Eran excelentes oportunidades para conversar íntimamente. Ambos íbamos a nuestra oficina, como acuciosos funcionarios. Y una mañana, sin prólogo alguno, me dijo: "He llegado a una solución para lo de San Bartolomé, que no se cómo te parezca. El único rector posible soy yo. . .". "—¿Tú?", exclamé asombrado. Era Tomás, Director de la Biblioteca Nacional, cargo para él infinitamente grato, en dónde rodeado de libros y amigos se había creado un ambiente encantador, y todos lo respetaban y querían. Además, su salud empezaba a declinar, y requería especiales cuidados. La rectoría, con sueldo menor al que el director de la Biblioteca tenía, podía ser todo menos lugar de reposo. El rector iba a ser blanco de extremistas de todos los colores, víctima de innumerables intrigas, y le caería encima un trabajo agobiador. Había que crearlo casi todo, bajo las miradas implacables de censores que no habían de distinguirse ni por la imparcialidad ni por el deseo de colaborar.

Todo eso dije a Tomás; me repuso que ya lo había pensado y analizado y que la tarea era aún más ardua de cuanto yo suponía, pero sentía un inmenso anhelo de consagrarse a ella, y pensaba que podría obtener el éxito indispensable. Había tanteado el terreno, y sabía que en las altas jerarquías eclesiásticas se le tenía confianza, y no se vacilaría en prestarle firme apoyo; se sabía capaz para el cargo ("al fin y al cabo esto es lo que yo he estudiado y hecho durante veinticinco años. . ."). Y además quería destinar a una obra que patriótica y culturalmente lo seducía, sus últimos años de actividad. "Ya verás —decía—, ya verás cómo esta aventura va

a resultar el mejor remedio para mis males. No me va a quedar tiempo para preocupaciones de otra índole, ni para aprensiones ni temores. No me voy a volver a acordar de mi salud, y esa es la mejor terapéutica. Y, además, qué buen final para una vida! . . .”.

Todo esto me lo decía con voz apacible, como sin darle importancia, con la más estóica intrepidez.

Y fue el primer rector del Colegio Nacional de San Bartolomé. Tuvo, como lo esperaba, el resuelto respaldo del gobierno y de las autoridades eclesiásticas. El santo Arzobispo Perdomo lo acompañó sin vacilaciones en horas que pudieron ser difíciles. Cayeron, no sobre él sino a sus pies, injurias y acusaciones que miró con desdén infinito, porque las sabía injustas y necias. Y realizó en San Bartolomé lo que tantas veces había soñado.

Iba yo con frecuencia a verlo allí. Mirábamos desde uno de los claustros altos la iniciación o el fin de las tareas escolares. Más de mil niños se educaron allí, y contemplábamos su ir y venir afanoso y alegre, oíamos sus gritos infantiles, respirábamos ese ambiente pletórico de porvenir, orientado por firmes manos hacia un mañana mejor . . .

—“Al fin, —murmuró Tomás—, al fin pude ser lo que siempre he querido ser: maestro de escuela”.

No. ¿No se daría cuenta que a lo largo de su vida entera, a todas horas, había sido maestro, en el más apto sentido de esa misión augusta?

A los pocos días terminaba yo mi mandato, y salía de palacio y del país; ocho meses después, un tristísimo 25 de julio de 1943, salía él de la vida, tranquila su conciencia, sereno su espíritu, rodeado del amor que él cosechaba porque lo había sembrado a manos llenas, y lo había dado sin eclipses a los suyos y a la patria.

¿Y nuestro Colegio? ¿Que fue de él? ¿En qué pararon tantos esfuerzos y tantos anhelos? ¿Pasaron, como “verduras de las eras”? No sé. No sé.

* * *

Ortega y Gasset dedicó uno de sus libros “a cuantos gustan de hablar en voz baja y sean incapaces de entusiasmarse en un mitin político . . .”.

Podría imaginarse, para estas obras completas de Tomás, algo análogo: dedicarlas a los amigos de hablar en voz baja, y de escuchar atentamente. A cuantos sientan que en los mítines electorales la reflexión resulta poco menos que imposible, y suelen reemplazarla estridentes pasiones. A los que amen la política como arte de gobernar y de servir a los pueblos y por ello huyan de la feria de vanidades, de ambiciones, de codicias, de jugadas mezquinas en que se suele convertir. A cuantos abominen, tanto como de cualquier forma de tiranía, de sectarismos, fanatismos, intransigencias, proceder violentos y criterios farisaicos. A cuantos consideren la convivencia cordial como el único ambiente propicio para la civilización auténtica, y tengan ojos y oídos siempre abiertos para la belleza, para cuanto de seductor y grato trae la vida. A los que sean capaces de rechazar la posición pesimista, cómoda para espectadores inertes que se solazan en la censura sistemática como medio de disimular la esterilidad de sus pobres vidas, y se empeñen en trabajar y luchar a la luz de un optimismo estimulante. A cuantos lo hagan no por tontas ilusiones, ni voluntarias ceguedades, ni por falta de coraje para mirar de frente realidades tristes, sino por recia voluntad de realizar o intentar, obra útil, dentro de un claro sentido de las proporciones y de la relatividad de casi todas las actuaciones y situaciones humanas. A cuantos sepan entender que el mejor sistema para evitar amargos desencantos, es no ir demasiado lejos en los caminos de las ilusiones infundadas, y se resignen a lo ineludible, y tengan el valor de ser pacientes y de no desalentarse por los reveses, ni ceder ante las resistencias injustas. A cuantos sean capaces de luchar, sin ánimo de lucro personal, por cosas superiores a uno mismo que no producen resultados amonedables, ni están influenciadas por el microbio del provecho personal egoísta. A cuantos, en fin, van por la vida al amparo de una fe robusta de cristianos viejos, clara y concreta, que no admite ni inquisiciones ni persecuciones y se inspira en adhesión ardiente a las normas evangélicas; fe profunda y serena, que ilumina todos los caminos, y da fuerzas para soportar penas, adversidades y flaquezas y se nutre de una confianza sin límites en un más allá que nada tiene de quimera consoladora, y sí todo de puerto seguro.

Pero Tomás no habría podido escribir esta dedicatoria: se diría que se dedicaba a sí mismo esta obra que sintetiza mucho de lo que él amó, y creyó, y soñó, y esperó, y que sigue siendo, al través de su inmarchitable encanto, faro que señala escollos y derroteros, fuente viva de nobles enseñanzas.

Eduardo Santos.

El Ocaso. "Bizerta", marzo de 1963.